

Simenon

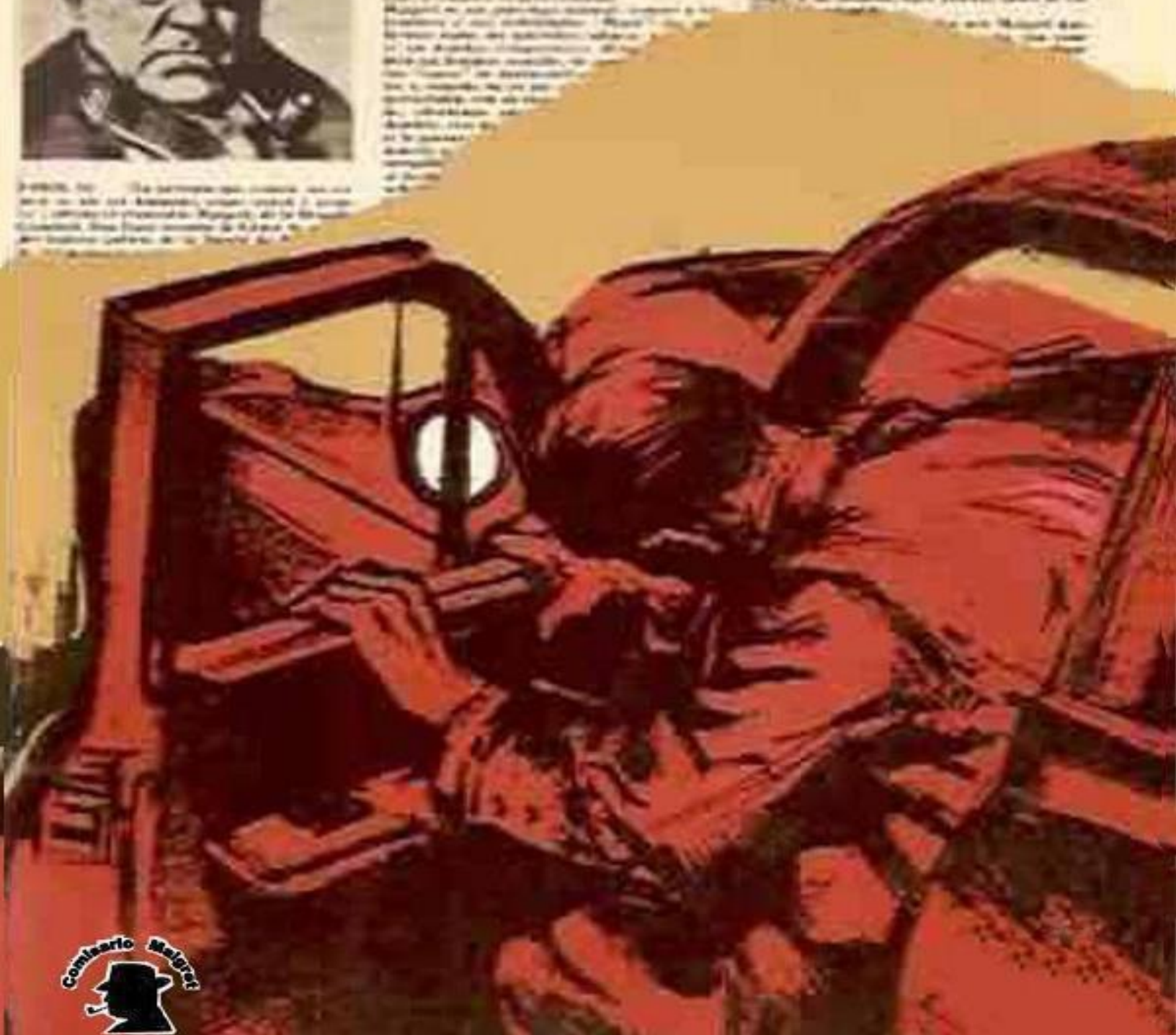
Maigret y el Liberty Bar



con una gran habilidad para leer los
signos del tiempo que rodea, de un
modo que le permite ver lo que otros
no ven. Maigret es un hombre que
tiene un gran sentido del humor y
una gran capacidad de observación.
Su habilidad para leer los signos del
tiempo que rodea le permite ver lo
que otros no ven. Maigret es un
hombre que tiene un gran sentido del
humor y una gran capacidad de
observación. Su habilidad para leer
los signos del tiempo que rodea le
permite ver lo que otros no ven.

una gran habilidad para leer los
signos del tiempo que rodea, de un
modo que le permite ver lo que otros
no ven. Maigret es un hombre que
tiene un gran sentido del humor y
una gran capacidad de observación.
Su habilidad para leer los signos del
tiempo que rodea le permite ver lo
que otros no ven. Maigret es un
hombre que tiene un gran sentido del
humor y una gran capacidad de
observación. Su habilidad para leer
los signos del tiempo que rodea le
permite ver lo que otros no ven.

Maigret en un momento de su vida. El autor, Georges Simenon, lo creó en 1930. Este personaje se convirtió en uno de los más populares de la literatura policiaca.



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



El aspecto general, la expresión del rostro, esa mirada demasiado serena, ese rictus a la vez bondadoso e irónico de los labios... Al mirar una fotografía de la vitrina, el comisario Maigret tiene la sensación de haber conocido a William Brown, ese australiano antaño riquísimo que un buen día, harto de Australia y de sus ovejas, de su familia y del dinero, decidió perderse en la indolente presa que flota en el Liberty, un bar situado a la sombra de los lujosos hoteles de Cannes...

Georges Simenon

Maigret y el Liberty Bar

Comisario Maigret - 17

Título original: *Liberty Bar*
Georges Simenon, 1937

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: lector_número_13



Índice de contenido

Cubierta

Maigret y el Liberty Bar

I. El muerto y sus dos mujeres

II. Hábleme de Brown

III. La ahijada de William

IV. La genciana

V. El entierro de William Brown

VI. El compañero molesto

VII. La consigna

VIII. Las cuatro herederas

IX. Charlas

X. El Diván

XI. Una historia de amor

Notas

Capítulo uno

El muerto y sus dos mujeres

Aquello empezó por una sensación de vacaciones. Cuando Maigret bajó del tren, la mitad de la estación de Antibes estaba bañada de un sol tan luminoso que sólo se veía a la gente agitarse como sombras. Sombras llevando sombrero de paja, pantalón blanco, raqueta de tenis. El aire zumbaba. Había palmeras, cactus al borde del andén, y el mar azul más allá de la lampistería.

De repente alguien se le echó encima.

—¿El comisario Maigret? Le reconozco gracias a una foto que ha aparecido en los periódicos... Inspector Boutigues...

¡Boutigues! ¡Sólo el nombre tenía ya el aire de una farsa! Boutigues llevaba las maletas de Maigret, conduciéndole hacia el paso subterráneo. Vestía un traje gris perla, con un clavel rojo en la solapa, y zapatos de tela.

—¿Es la primera vez que viene a Antibes?

Maigret iba enjugándose el sudor, tratando de seguir a su cicerone, que se escurría entre los grupos y pasaba a todo el mundo. Al fin, se encontró ante un simón rematado con un toldo de tela crema, con pequeñas borlas que daban saltitos alrededor.

Todavía una sensación olvidada: los muelles que se aplastan, el golpe de látigo del cochero, el ruido sordo de los cascos sobre el asfalto reblandecido...

—Ahora vamos a beber algo... ¡Sí!... ¡Sí!... Al Café Glacier, cochero...

Estaba a dos pasos. El inspector explicaba:

—Plaza Macé... En el centro de Antibes...

Una bonita plaza, con toldos crema o naranja en todas las casas. Hubo que sentarse en una terraza, beber un anís. Enfrente, un escaparate estaba lleno de vestidos sport, de trajes de baño, de batas. A la izquierda, una casa de aparatos fotográficos. Algunos hermosos automóviles a lo largo de las aceras.

¡Un aire veraniego, en fin!

—¿Prefiere ver primero a los detenidos o el lugar del crimen?

Y Maigret respondió sin saber demasiado lo que decía, como si le hubieran preguntado qué bebía:

—El lugar del crimen...

* * *

Las vacaciones continuaban. Maigret fumaba un cigarro que el inspector le había ofrecido. El caballo trotaba al borde del mar. A la derecha, las villas estaban sepultadas en los pinos; a la izquierda, algunas rocas; después el agua azul salpicada de dos o tres velas blancas.

—¿Se hace cargo de la topografía? Detrás nuestro está Antibes... A partir de aquí comienza el Cabo de Antibes, donde no hay más que villas, sobre todo costosas villas...

Maigret aprobaba, plácido. Todo ese sol que le entraba en la cabeza le amodoraba y guiñaba el ojo hacia la flor púrpura de Boutigues.

—Usted ha dicho Boutigues, ¿no es eso?

—Sí, yo soy nicés... O más bien niceano...

Dicho de otra manera nicés de pura cepa, nicés al cuadrado, al cubo.

—¡Asómese! ¡Vea la villa blanca! Es ésa...

Maigret no lo hacía aposta, pero miraba todo aquello sin creerlo. No llegaba a meterse en un ambiente de trabajo, a decirse que estaba allí a causa de un crimen.

Lo cierto es que había recibido instrucciones bastante especiales:

—Un hombre llamado Brown ha sido asesinado en Cabo de Antibes. Los periódicos hablan demasiado de ello. ¡Más vale que no se hagan tantas historias!

—Comprendido.

—¡Brown ha prestado durante la guerra servicios al 2.º Bureau!

—Requetecomprendido.

¡Y ya está! El simón se detuvo. Boutigues sacó una llavecita del bolsillo y abrió la verja, caminando por la grava del camino.

—Es una de las villas menos bonitas del Cabo...

Sin embargo, no estaba mal. Las mimosas saturaban el aire de un olor dulzón. Quedaban todavía algunas naranjas doradas en los pequeños árboles, y había flores estrafalarias, que Maigret ni conocía.

—Enfrente está la propiedad de un maharajá... que debe de estar allí en este momento... A quinientos metros, a la derecha, hay un académico... Además, está la famosa bailarina, con un lord inglés...

¡Bien! ¡Muy bien! Maigret tenía ganas de sentarse en el banco que se apoyaba contra la casa y dormitar una hora. Lo cierto es que había viajado toda la noche.

—Voy a darle, a voleo, algunas explicaciones indispensables.

Boutigues había abierto la puerta y penetraban en la frescura de un recibidor cuyas ventanas se abrían sobre el mar.

—Hace una docena de años que Brown vivía aquí...

—¿Trabajaba?

—No hacía nada... Debía tener rentas... Siempre se dice: Brown y sus dos mujeres...

—¿Dos?

—En realidad, sólo una era su amante: la hija... Una tal Gina Martini...

—¿Está en la cárcel?

—La madre también... Vivían los tres, sin criada...

No era de extrañar viendo la casa, de una limpieza dudosa. ¿Era posible que hubiese habido allí cosas bonitas, muebles de valor, objetos que habían tenido su momento de esplendor?

Todo estaba sucio, en desorden. Demasiadas alfombras, telas que colgaban o que habían sido arrojadas sobre los sillones, demasiadas cosas llenas de polvo...

—De momento, he aquí los hechos: Brown tenía un garaje, justo al lado de la casa... Allí guardaba un coche pasado de moda que conducía él mismo... Le servía sobre todo para ir de compras a Antibes...

—Sí —suspiró Maigret que miraba a un pescador de erizos registrando, con su caña hendida, el fondo del agua clara.

—Pero, durante tres días, ha sido visto el coche sobre la carretera día y noche... Aquí, la gente se ocupa poco de los demás... No se es molestado... Fue el lunes por la noche cuando...

—¡Perdone! ¿Estamos a jueves?... ¡Bueno!

—El lunes por la noche, el carnicero volvía con su camioneta y vio el coche que arrancaba... Ya leerá su declaración... Él lo veía desde atrás... Al principio creyó que Brown estaba borracho, porque daba terribles bandazos... Después, el auto rodó algunos metros en línea recta... Tan en línea recta que en la curva se estampó contra las rocas... Antes de que el carnicero interviniera, descendieron dos mujeres y, al oír el ruido de un motor, echaron a correr hacia la ciudad...

—¿Llevaban paquetes?

—Tres maletas... Era al atardecer... El carnicero no sabía qué hacer... Vino aquí, plaza Macé, donde, como usted puede ver, hay un agente de guardia... Éste se lanzó a la búsqueda de las dos mujeres, que terminó por encontrar mientras ellas se dirigían, no hacia la estación de Antibes, sino a la de Golfe-Jean, a tres kilómetros...

—¿Siempre con las maletas?

—Tiraron una por el camino. Fue encontrada ayer en un bosque de tamarindos... Se sobresaltaron... Explicaron que ellas iban a ver a una parienta enferma en Lyon... El agente tuvo la idea de hacer abrir las maletas y encontró un montón de títulos al portador, algunos billetes de cien libras y objetos diversos... La multitud se había arremolinado... Era la hora del aperitivo... Todo el mundo estaba en la calle y escoltó a las dos mujeres hasta la comisaría y después a la prisión.

—¿Ha sido registrada la casa?

—Al día siguiente, a primera hora. Al principio, no encontramos nada. Las dos mujeres pretendían no saber qué podía haber sido de Brown. Por fin, hacia mediodía, un jardinero se fijó en la tierra removida. Bajo una capa de menos de cinco centímetros, descubrimos el cadáver de Brown, completamente vestido...

—¿Y las dos mujeres?

—Han cambiado de música. Ahora pretenden que, tres días antes, habían visto detenerse el coche y que se habían extrañado, porque Brown no lo metía en el garaje... Él atravesó el jardín titubeante... Gina le insultó por la ventana, creyéndole borracho... Cayó sobre la escalinata...

—¡Muerto, por supuesto!

—¡Todo lo muerto que se puede estar! Ha recibido una cuchillada por la espalda, justo entre los omóplatos...

—¿Y ellas vivieron tres días con él en la casa?

—¡Sí! No dan ninguna razón de peso. Pretenden que Brown sentía horror por la policía y todo lo que se le parezca...

—¡Ellas lo enterraron y se marcharon con el dinero y los objetos de valor!... Comprendo... el coche sobre la carretera durante tres días... Gina, que no sabe conducir muy bien, sintió miedo ante la maniobra para meter el coche en el garaje... Pero, dígame, ¿había sangre en el coche?

—¡Ni rastro! Juran que son ellas quienes la han borrado...

—¿Y eso es todo?

—¡Eso es todo! ¡Están furiosas! Exigen que se las suelte...

El caballo del simón relinchaba, fuera. Maigret no se atrevía a tirar el cigarro, que no se sentía con fuerzas para terminar.

—¿Un whisky? —propuso Boutigues viendo una licorera.

¡No, verdaderamente, todo aquello no daba la sensación de un drama! Maigret hacía vanos esfuerzos por tomarse las cosas en serio. ¿Era a causa del sol, de las mimosas de las naranjas, del pescador que seguía buscando erizos en el agua clara?

—¿Puede usted dejarme las llaves de la casa?

—¡Por supuesto! Dado que es usted quien toma la investigación en sus manos...

Maigret vació el vaso de whisky que le ofrecían, miró el disco que se encontraba en el tocadiscos, tocó maquinalmente los botones de un aparato de radio y se oyó:

—... vados a término... noviembre...

En ese momento, justo detrás del aparato, vio un retrato que tomó para examinarlo más de cerca.

—¿Es él?

—¡Sí! No le vi nunca vivo, pero le reconozco...

Maigret apagó la radio con cierto nerviosismo. Algo había cambiado en él. ¿Interés? ¡Más que eso!

Una sensación confusa, bastante desagradable por otra parte. Hasta entonces, Brown no había sido más que Brown, un desconocido, un extranjero probablemente, que había muerto en circunstancias más o menos misteriosas. Nadie se había preguntado que podía pensar durante su vida, cuál había sido su mentalidad, ni lo que podía haber sufrido...

Y he aquí que, mirando el retrato, Maigret estaba turbado, porque tenía la sensación de conocer al personaje... No exactamente conocerlo por haberlo visto...

¡No! Los rasgos le eran indiferentes... Una cara ancha de hombre saludable, algo sanguíneo, con extraños cabellos rojos, bigotito recortado a ras del labio y grandes ojos claros...

Pero tenía algo, en el aspecto general, en la expresión, que recordaba al mismo Maigret. Cierta forma de echar los hombros hacia delante... Esa mirada exageradamente tranquila... Ese pliegue al mismo tiempo bonachón e irónico en los labios...

Ya no era Brown —el— cadáver... Era un tipo que el comisario sentía deseos de conocer y que le intrigaba.

—¿Un poco más de whisky? No está malo...

¡Boutigues bromeaba! Quedó todo extrañado al ver un Maigret que ya no contestaba a sus pequeñas atenciones y que lo miraba todo con aire ausente.

—¿Y si le ofrecemos un vaso al cochero?

—No. Nos vamos...

—¿Pero no va a echar un vistazo a la casa?

—En otra ocasión...

¡Qué ganas de estar solo! Y de no tener más ese sol zumbando en el cráneo. Volviendo a la ciudad, no habló, ni respondió más que con la cabeza a Boutigues, el cual se preguntaba qué podía haber hecho para molestar a su compañero.

—Vamos a llegar a la parte vieja de la ciudad... la prisión está junto al mercado... Pero sobre todo es por la mañana cuando debe...

—¿A qué hotel? —preguntó el cochero volviéndose.

—¿Quiere usted quedarse en pleno centro? —preguntó Boutigues.

—Déjeme por aquí. Con eso me basta...

Había un hotel tipo pensión familiar, a mitad de camino entre el Cabo y la ciudad.

—¿Vendrá esta tarde a la prisión?

—Mañana, probablemente...

—¿Quiere que venga a recogerle? Aparte de que si después de comer desea ir al Casino de Jean-les-Pins...

—No, muchas gracias... Tengo sueño...

No tenía sueño. Pero no estaba en vena. Tenía calor. En su habitación, que daba al mar, dejó correr el agua en la bañera, cambió de opinión y salió, con la pipa entre los dientes y las manos en los bolsillos.

Había entrevistado las pequeñas mesitas blancas, las servilletas en abanico dentro de los vasos, las botellas de vino y de agua mineral, la sirvienta que barría...

—Brown ha sido asesinado de una cuchillada en la espalda y sus dos mujeres intentaron desaparecer con el dinero...

Todo era aún demasiado turbio. Y a pesar suyo contemplaba el sol, que por la parte de Niza, cuyo Paseo de los Ingleses estaba trazado como una línea blanca, se hundía lentamente en el mar.

Después miró las montañas, con los picachos todavía cubiertos de nieve.

—Así, pues, Niza está a la izquierda, a veinticinco kilómetros; Cannes a la derecha, a doce kilómetros... La montaña detrás y el mar delante...

Construía un mundo donde la villa de Brown y sus mujeres era el centro. Un mundo pegajoso de sol, de olor a mimosas y flores dulzonas, de moscas borrachas, de automóviles deslizándose por el asfalto reblandecido.

No se sintió con fuerzas para andar hasta el centro de Antibes, que estaba apenas a un kilómetro. Volvió a su hotel, el Hotel Bacon, y pidió hablar por teléfono con el director de la prisión.

—El director está de vacaciones.

—¿Y el subdirector?

—No hay. Estoy solo.

—Está bien, envíeme inmediatamente las dos mujeres a la villa.

También el guardián, al otro lado del cable, debía estar bajo la influencia del sol. Incluso era posible que hubiese bebido anís. Se olvidó de exigir garantías judiciales.

—De acuerdo. ¿Me las devolverá?

Maigret bostezó, se desperezó y llenó una nueva pipa. Pero esa pipa no tenía el mismo gusto de siempre.

—Brown ha sido asesinado y dos mujeres...

Caminó plácidamente hacia la villa. Vio el lugar donde el coche se estrelló contra las rocas. Era como para reírse. Porque era el tipo de accidente que debe llegarle fatalmente a todo conductor novato. Algunos zigzags antes de ponerse en línea recta...

Y una vez en línea recta, la imposibilidad de torcer...

El carnicero que llega por detrás, en la semioscuridad... Las dos mujeres que se ponen a correr con sus maletas demasiado pesadas y abandonan una por el camino...

Una limusina le sobrepasó, conducida por un chófer. En el fondo un rostro asiático: sin duda, el maharajá... El mar estaba rojo y azul, tirando a naranja... Los faroles daban todavía una luz pálida...

Entonces Maigret, que estaba completamente solo en este enorme decorado, se acercó a la verja de la villa como un propietario que vuelve a casa, abrió la puerta dejándola luego entreabierta y subió la escalinata. La puerta emitió un gemido que debió serle muy familiar a Brown.

En el umbral, Maigret trató de analizar el olor... Porque cada casa tiene su olor... Aquél era sobre todo a base de un perfume muy penetrante, almizcle, sin duda... Y además un regustillo a cigarro frío...

Encendió la luz y fue a sentarse en el salón, cerca del aparato de radio y del tocadiscos, en el lugar donde debía sentarse Brown, ya que era el sillón más usado.

—Ha sido asesinado y las dos mujeres...

La luz era mala, pero cayó en la cuenta de que el candelabro estaba recubierto de una inmensa pantalla de seda rosa.

—Durante la guerra prestó servicios al 2.º Bureau...

Aquello se sabía. Por eso los periódicos locales que él había leído en el tren resaltaban el asunto. Para el público, el espionaje es una cosa misteriosa

y llena de prestigio...

Podían verse titulares idiotas, tales como: «Un caso internacional».

«¿Un segundo caso Kotioupoff?». «Un drama del espionaje». Algunos periodistas reconocían la mano de la Checa, otros, los métodos del Servicio de Inteligencia.

Maigret miraba en torno suyo con la sensación de que faltaba algo, hasta que lo encontró. Lo que daba sensación de frialdad era el hueco de la ventana, detrás del cual se estancaba la noche. Como había una persiana, la cerró.

—Vamos a ver; una mujer en este sillón, sin duda con una labor de costura...

La labor estaba allí: un bordado, encima de una mesita.

—La otra en el rincón...

Y en el rincón había un libro: «Las pasiones de Rodolfo Valentino»...

—Ya no falta más que Gina y su madre...

Era preciso un esfuerzo de concentración para oír el golpeteo del agua contra las rocas. Maigret se quedó mirando otra vez la fotografía, que llevaba la firma de un fotógrafo de Niza.

—¡Nada de historias!

Dicho de otra manera, descubrir lo antes posible la verdad del asunto para cortar de golpe los chismorreos de los periodistas y de la gente. Oyó pasos en la grava del camino. Una campanilla de sonido muy suave, agradable, tocó en el recibidor.

Y Maigret, al abrir, vio tras las siluetas de las mujeres, un hombre con kepis.

—Puede usted marcharse. Yo me encargo de ellas... Entren, señoras...

Tenía el aspecto de estar invitándolas. Todavía no distinguía sus facciones. Pero en cambio respiraba de lleno el olor a almizcle.

—Supongo que al fin se han dado cuenta... —empezó una voz ligeramente rota.

—¡Pardiez! Entren... Pónganse cómodas...

Ellas entraron bajo la luz. La madre tenía la cara toda ajada, sepultada bajo una espesa capa de colorete. De pie, en medio del salón, miraba a su alrededor como para convencerse de que nada faltaba.

La otra, más confiada, observaba a Maigret, arreglaba el pliegue de su vestido, insinuaba una sonrisa que ella pretendía seductora.

—¿Es cierto que ha sido hecho venir de París expresamente?...

—Quítense los abrigos, por favor... Instálense como siempre...

Ellas no entendían muy bien. Se encontraban en su propia casa como extrañas. Temían una trampa.

—Vamos a charlar los tres...

—¿Es que sabe usted algo?

Era Gina quien había hablado, pero la madre, con tono duro, le avisó:

—¡Cuidado, Gina!

A decir verdad, Maigret sentía otra vez que no podía tomarse su papel en serio. La vieja, a pesar de su maquillaje, era horrible de ver.

En cuanto a la hija, de formas llenas quizá demasiado abundantes, moldeadas por la seda oscura, encarnaba el perfecto tipo de la falsa mujer fatal.

¡Y su olor! Ese almizcle de refuerzo que llegaba a saturar de nuevo el aire de la estancia...

Aquello recordaba un cubil de portero en un pequeño teatro.

Nada de dramatismo. Nada misterioso. La mamá que bordaba vigilando a su niña. Y la niña que leía las aventuras de Valentino.

Maigret, que había recuperado el sillón de Brown, las miraba sin expresión, preguntándose un tanto asombrado: «¿Qué diablos ha podido hacer ese animal de Brown, durante diez años con estas dos mujeres?».

¡Diez años! Largos días de sol inmutable, olores de mimosa, con el balanceo bajo las ventanas de la inmensidad azul, y diez años de atardeceres quietos, interminables, apenas molestados por el ruido de una ola contra las rocas, y las dos mujeres, la madre en su poltrona, la hija cerca de la lámpara recubierta de seda rosa...

Maigret manoseaba distraídamente la fotografía de ese Brown que tenía la cara dura de parecersele.

Capítulo dos

Hábleme de Brown

—¿Qué hacía él por las tardes?

Y Maigret, las piernas cruzadas, miraba con aburrimiento a la vieja, que trataba de jugar a las mujeres distinguidas.

—Salíamos muy poco... Normalmente mi hija leía mientras que...

—¡Hábleme de Brown!

Entonces, con un escalofrío, dijo:

—¡No hacía nada!

—Escuchaba la radio —suspiró Gina, que adoptaba poses lánguidas—. Me gusta tanto la verdadera música como me horroriza la...

—¡Hábleme de Brown! ¿Tenía buena salud?

—Si me hubiese hecho caso —dijo la madre—, nunca se hubiese resentido del hígado, ni de los riñones... Un hombre, a los cuarenta...

Maigret tenía el mismo aspecto que ese señor al cual un chistoso imbécil le cuenta chistes viejos partiéndose de risa a cada momento. Eran tan ridícula una como la otra, la vieja con sus aires de exquisita, y la otra con sus poses de odalisca exuberante.

—Ustedes declararon que lo vieron llegar en coche, por la tarde, que atravesó el jardín y cayó sobre la escalinata...

—Como si estuviera borracho perdido, sí. Por la ventana le grité que no entraría en casa hasta que se le hubiese pasado...

—¿Volvía borracho a menudo?

Otra vez la vieja:

—Si usted supiera la paciencia que hemos debido tener a lo largo de los diez años...

—¿Volvía borracho a menudo?

—Siempre que se escapaba, o casi siempre... Nosotras le llamábamos hacer una novena...

—¿Y hacía novenas con frecuencia?

Maigret no podía evitar una cierta sonrisa de contento. ¡Brown no había pasado, pues, todo el tiempo durante los diez últimos años mano a mano con las dos mujeres!

—Más o menos, cada mes.

—¿Cuánto duraba eso?

—Pasaba fuera tres días, cuatro, algunas veces más... Y volvía sucio, empapado de alcohol...

—Pero ustedes le dejaban volver cada vez...

Silencio. La vieja, tiesa, lanzó a Maigret una mirada aguda.

—Sin embargo, supongo que entre las dos debían tener influencia sobre él.

—¡Era preciso que fuera a buscar dinero!

—¿Y no le podían acompañar?

Gina se había levantado, y suspiró con gesto desvaído:

—¡Qué penoso es todo esto!... Voy a decirle la verdad, señor comisario... Nosotros no estábamos casados, a pesar de que William me haya tratado siempre como a su mujer, hasta el punto de hacer vivir a mamá con nosotros... Para la gente yo era la Sra. Brown... De otra manera, no hubiera aceptado...

—Ni yo... —puntualizó la otra.

—Solamente había algunas pequeñas nubes... No puedo hablar mal de William... Sólo hay un punto en el que él siempre insistió: en cuanto al dinero...

—¿Era rico?

—No lo sé...

—Y usted tampoco sabe dónde estaba su dinero... ¿Por eso le dejaban marcharse cada mes a buscar dinero?

—Traté de seguirlo, lo confieso... ¿Es que no tenía derecho? Pero tomaba precauciones... Se marchaba en coche...

Maigret se encontraba a gusto.

Empezaba incluso a divertirse. Se estaba reconciliando con ese bribón que vivía con dos arpías y que había logrado ocultarles durante diez años el origen de su fortuna...

—¿Traía cada vez mucho dinero?

—Apenas para vivir un mes... Dos mil francos... A partir del día 15 teníamos que tener cuidado...

¡Ahí estaba el punto neurálgico! Sólo de pensar en ello, rabiaban las dos.

¡Pardiez! Cuando los fondos bajaban, ellas debían observar a William con inquietud, preguntándose si no empezaría pronto su novena.

Ni siquiera podían decirle: «¿Y ahora?... ¿No vas a darte tu vueltecita?...».

¡Tenían que usar las insinuaciones! Maigret lo imaginaba perfectamente.

—De hecho, ¿quién guardaba la bolsa?

—Mamá... —dijo Gina.

—¿Era ella quien hacía menús?

—¡Por supuesto! Y la cocina, ya que no había dinero suficiente para pagar una criada.

El truco estaba claro. Los últimos días se servía a Brown comidas imposibles, miserables. Y, a sus críticas, se le respondía:

—Eso es todo lo que podemos darte con el dinero que queda.

¿Saldría disparado cada vez? ¿O por el contrario odiaba salir?

—¿Qué hora prefería para salir?

—No tenía hora. Le creíamos en el jardín, o en el garaje limpiando el coche... De repente, se oía el ruido del motor...

—Y ustedes trataron de seguirle... ¿Con un taxi?

—Hice aguardar uno durante tres días a cien metros de aquí... Pero en Antibes nos perdía por las pequeñas callejuelas... Sin embargo, sé donde guardaba el coche... En un garaje de Cannes... Lo dejaba allí durante todo el tiempo que duraba la fuga...

—Pero él cogía el tren a París o más allá.

—Quizá.

—Aunque es posible que se quedase en la región.

—Sería extraño que nadie le hubiese encontrado...

—¿Volvía de una novena cuando murió?

—Sí... Hacía siete días que se había marchado...

—¿Encontraron el dinero en su bolsillo?

—Dos mil francos, como siempre.

—¿Quiere que le diga lo que pienso? —intervino la vieja—. William debía tener una renta mucho más elevada... Quizá cuatro mil... Incluso cinco... Pero prefería malgastar el resto él solo... Y a nosotras nos condenaba a mal pasar con una cantidad miserable...

Maigret se había encajado beatíficamente en el sillón de Brown. A medida que avanzaba el interrogatorio, la sonrisa se le acentuaba en los labios.

—¿Era un hombre agradable?

—¿Él? Era el mejor de los hombres...

—Aguarde. Vamos, si ustedes quieren, a reconstruir un día cualquiera. ¿Quién se levantaba el primero?

—William... Él dormía la mayoría de las veces en el diván del recibidor. Ya se le oía ir y venir apenas amanecía... Le dije cien veces...

—Perdone... ¿Era él quien preparaba el café?

—Sí... Cuando nosotras bajábamos, hacia las diez, había café en el infiernillo... Pero ya estaba frío...

—¿Y Brown?

—Deambulaba... Por el jardín... Por el garaje... O se sentaba frente al mar... Si era la hora del mercado, sacaba el coche... Otra cosa que no conseguí jamás de él: que se lavase antes de ir al mercado... Siempre llevaba el pijama bajo el abrigo, las zapatillas, sus cabellos despeinados... Íbamos a Antibes... Siempre aguardaba delante de las tiendas...

—¿Y se vestía a la vuelta?

—A veces sí, a veces no. ¡Llegó a estar cuatro o cinco días sin lavarse!

—¿Dónde comían?

—¡En la cocina! Cuando no se tiene criada no puede permitirse el lujo de ir ensuciando las habitaciones...

—¿Y a mediodía?

¡Pardiez! Ellas dormían la siesta. Después, hacia las cinco, vuelta a arrastrar las zapatillas por la casa.

—¿Discutían a menudo?

—Casi nunca. Sin embargo, cuando se le decía cualquier cosa, William tenía una forma ofensiva de callarse...

Maigret no se reía. Comenzaba a solidarizarse con aquel maldito Brown.

—Así, pues, le han asesinado... Hubiera podido ocurrir en el jardín... Pero ya que ustedes encontraron sangre en el coche...

—¿Qué ganaríamos mintiendo?

—¡Evidentemente! Luego ha sido asesinado en alguna parte. O quizá solamente herido. Y ustedes, en lugar de acudir a un médico o de presentarse en la comisaría, han preferido largarse... ¿Metieron el cuerpo en el interior?...

—¡No podíamos dejarlo fuera!

—Ahora, díganme por qué no avisaron a las autoridades... Estoy convencido de que ustedes tenían una buena razón...

Y la vieja, en pie, categórica:

—¡Sí, señor! Voy a decirle la razón. De cualquier manera, usted va a saber la verdad... Brown estaba casado, en Australia... Porque es australiano... Su mujer vive todavía... Siempre se ha negado a concederle el divorcio y ella sabe por qué. Si ahora nosotros no vivimos en la mejor casa de la Costa Azul, es por su culpa...

—¿Usted la conoce?

—Nunca ha salido de Australia... Ella se ha movido tanto y tan bien, que consiguió poner a su marido bajo custodia judicial... Desde hace diez años, nosotras vivimos con él, le cuidamos, le consolamos... Gracias a nosotras hay un poco de dinero... ¡Cómo que no! Si...

—... si la señora Brown hubiese sabido la muerte de su marido, hubiera hecho embargar todo esto...

—¡Precisamente! Nos hubiéramos estado sacrificando para nada. Y no es todo. Yo no estoy sin medios de vida. Mi marido estaba en la marina y posee una pequeña pensión... Muchas de estas cosas me pertenecen. Pero ella tiene la ley de su parte y nos hubiera echado a la calle, sin más...

—Entonces, ustedes reflexionaron... Sopesaron el pro y el contra, durante tres largos días, en presencia del cadáver, el cual debía estar tendido en el diván del *hall*...

—¡Durante dos días! Sólo al segundo día lo enterramos...

—Después, ustedes recogieron lo que había de valor... Por cierto, ¿dónde pensaban marcharse?

—¿Qué importa eso? A Bruselas, o a Londres...

—¿Usted sabía conducir un automóvil? —preguntó Maigret a Gina.

—¡En absoluto! Pero alguna vez lo había puesto en marcha en el garaje.

Era una especie de heroísmo. Era casi alucinante, aquella salida; el cadáver en el jardín, las tres pesadas maletas y el coche que daba bandazos...

Maigret comenzaba a tener suficiente de aquella atmósfera, del olor a almizcle, de la luz rojiza que se filtraba por la tela rosada.

—¿Permiten que le eche una ojeada a la casa?

Ellas recobraron su aplomo, su dignidad. Quizás incluso estaban desconcertadas por ese comisario que tomaba las cosas con tanta sencillez y que tenía el aire, en el fondo, de encontrarlas completamente naturales.

—Espero que usted sabrá excusar el desorden.

¡Y de qué manera! Porque no se podía llamar a todo aquello desorden. ¡Era más bien sordidez! Era la madriguera donde viven las fieras con su olor, en medio de restos de comida y defecaciones, con un cierto aire burgués, de ampulósidades orgullosas.

En una percha, en el vestíbulo, había un viejo sobretodo de William Brown. Maigret lo registró y encontró un par de guantes usados, una llave y un paquete de chicle.

—¿Él mascaba chicle?

—Cuando bebía, para que no se lo notásemos en el aliento. Porque le prohibíamos el whisky... La botella estaba siempre escondida...

Encima de la percha, una cabeza de ciervo con sus cuernos. Y más lejos, una mesita de bambú, con una bandeja de plata para las tarjetas de visita.

—¿Dejó él su abrigo, aquí?

—No, su gabardina...

Las contraventanas del comedor estaban cerradas. La pieza sólo servía de almacén, y Brown debía dedicarse a la pesca, pues el suelo estaba lleno de

útiles para los bogavantes.

Después, la cocina, cuyo horno no había sido encendido jamás. Se usaba el infiernillo de alcohol. Cerca de él, cuarenta o cincuenta botellas vacías de agua mineral.

—El agua aquí es demasiado alcalina y...

La escalera, con una alfombra desgastada y sujeta por barras de cobre. Bastaba seguirle la pista al rastro de almizcle para descubrir la habitación de Gina.

Nada de cuarto de baño, ni de excusado. Ropas desordenadas sobre la cama, que no había sido hecha. Allí había sido donde se eligieron los vestidos, para llevarse los mejores.

Maigret prefirió no entrar en los dominios de la vieja.

—Nos fuimos tan de prisa... Me da vergüenza tener que enseñarle la casa en este estado...

—Volveré a visitarlas.

—¿Estamos libres?

—Bueno, ustedes no tienen que volver a la cárcel... Al menos de momento... Pero si intentan salir de Antibes...

—¡Eso nunca!

Le condujeron de nuevo hacia la puerta. La vieja recordó los buenos modos:

—¿Un cigarro, señor comisario?

Gina aún llegó más lejos. ¿Acaso no era conveniente atraerse las simpatías de un personaje tan influyente?

—Puede llevarse toda la caja. William ya no los fumará...

¡Eso no se ve todos los días! Fuera, Maigret se encontraba como borracho. Sentía al mismo tiempo ganas de reír y de apretar los dientes. ¡Traspasada la verja, se tenía —volviéndose— una imagen tan diferente de la villa, completamente blanca entre el verdor...!

La luna se encontraba justo en la esquina del techo. A la derecha, el mar brillante, y las mimosas que se estremecían...

Llevaba su gabardina bajo el brazo. Volvió al «Hotel Bacon» sin pensar, sumido en vagas impresiones, entre penosas y cómicas.

—¡Maldito William!

Era tarde. Ya no había nadie en el comedor, aparte de una criada que aguardaba leyendo el periódico. Entonces cayó en la cuenta de que no era su gabardina la que llevaba bajo el brazo, sino la de Brown: sucia, plagada de manchas de aceite y de sebo.

En el bolsillo de la izquierda había una llave inglesa, y en el de la derecha, un puñado de monedas y algunas piezas cuadradas de cobre, marcadas con una cifra.

Fichas que sirven para esas máquinas tragamonedas que se suelen encontrar en los mostradores de los bares.

Había como una docena.

* * *

—Oiga... Aquí el inspector Boutigues... ¿Quiere usted que pase a recogerlo por su hotel?

Eran las nueve de la mañana. Desde las seis, Maigret había abierto la ventana y dormía a ratos, voluptuosamente, con la consciencia del Mediterráneo exhibiéndose delante de él.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿No desea ver el cadáver?

—Sí... No... Quizás a mediodía... Llámeme a la hora de comer...

Necesitaba despertarse del todo. En aquella atmósfera matinal, los sucesos de la víspera ya no parecían reales. Recordaba las dos mujeres como una broma imprecisa.

¡Ellas todavía no se habrían levantado! Y de vivir, Brown estaría deambulando por el jardín o en el garaje. Completamente solo. Sin lavarse. Y el café frío esperando en el infiernillo apagado.

Mientras se afeitaba, recordó las fichas que estaban sobre la repisa de la chimenea. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar qué representaban en toda aquella historia.

—Brown fue a hacer su novena y lo asesinaron, ya sea antes de subir en el coche, en el coche, atravesando el jardín o en la casa...

Ya estaba su mejilla derecha limpia de jabón, cuando murmuró:

—Brown no iba a las tascas de Antibes... Porque me lo hubieran dicho...

Y, por otra parte, ¿Gina no había descubierto que guardaba el coche en un garaje de Cannes?

Un cuarto de hora después, telefoneaba a la policía de Cannes.

—Comisario Maigret, de la policía judicial... ¿Puede usted darme la lista de bares que tienen máquina tragaperras?

—Ya no existen. Han sido suprimidas hace dos meses por decreto prefectorial... No encontrará en toda la Costa Azul...

Preguntó a la patrona dónde podría encontrar un taxi.

—¿Dónde quiere ir?

—A Cannes.

—Entonces no necesita taxi. Tiene un autobús cada tres minutos en plaza Macé...

Era cierto. La plaza Macé parecía todavía más bonita, con el sol matinal. Brown debía pasar por allí cuando conducía a las dos mujeres al mercado.

Maigret tomó el autobús. Media hora más tarde estaba en Cannes y fue al garaje que le dijeron. Estaba cerca de la Croisette. Blanco por todas partes. Inmensos hoteles blancos. Tiendas blancas. Pantalones blancos y vestidos también blancos. Velas blancas sobre el mar.

Parecía como si la vida fuese una comedieta de *music-hall*, una comedieta blanca y azul.

—¿Es aquí donde Mr. Brown guardaba su coche?

—Ya está.

—¿Qué quiere decir ese ya está?

—¡Van a fastidiarme! No he tenido la más mínima duda cuando he sabido que le habían asesinado... Aquí es, sí... No tengo nada que ocultar... Él me traía el coche por la tarde y volvía a buscarlo ocho días después...

—¿Borracho perdido?

—Como siempre, hombre.

—¿Y usted no sabe dónde iba después?

—¿Cuándo? ¿Después de dejarme el coche? No tengo ni idea.

—¿No lo hacía reparar o limpiar?

—En absoluto. Hace un año que el aceite no ha sido cambiado.

—¿Qué piensa usted de él?

El garajista se encogió de hombros.

—Nada en absoluto.

—¿Un excéntrico?

—Hay tantos en la Costa Azul que uno ya está acostumbrado. Mire, ayer mismo, una jovencita americana vino a pedirme que le carrozara el coche como un cisne... Mientras pague...

Quedaban las máquinas tragaperras. Maigret entró en un bar cerca del puerto, donde no había más que marineros de yate.

—¿No tienen máquina tragaperras?

—Han sido prohibidas hace un mes... Pero nos van a proporcionar un nuevo modelo que tardarán lo menos tres meses en prohibirlo...

—¿Y no hay en ningún sitio?

El patrón no dijo ni sí ni no.

—¿Qué va a tomar?

Maigret pidió un vermut. Contempló los barcos alineados a lo largo del puerto y los marineros que llevaban el nombre de su barco bordado en la camiseta.

—¿Usted conocía a Brown?

—¿Qué Brown? ¿Ése que ha sido asesinado? No venía por aquí...

—¿Dónde iba?

Un gesto vago. El patrón servía a sus clientes. Hacía calor. A pesar de no estar más que en marzo, la piel estaba húmeda, con un cierto olor a verano.

—He oído hablar de él, pero no sabría decirle a quién —dijo el dueño del bar con una botella en la mano.

—Peor para él. Lo que yo busco es una máquina tragaperras...

Brown llevaba su impermeable durante la novena. Porque, a la vuelta, era más probable que sus mujeres le registrasen los bolsillos.

Luego las fichas eran de la última novena...

Todo era vago, inconsciente. Además, estaba ese sol que daba a Maigret ganas de sentarse en una terraza como los demás y mirar los barcos que apenas se movían en el agua calma.

Tranvías de color claro... Hermosos coches... Encontró la calle comercial, paralela a la Croisette...

—Está claro —masculló— que si Brown hacía sus novenas por Cannes, no era por aquí...

Fue caminando. De vez en cuando entraba en un bar, bebía un vermut y hablaba de máquinas tragaperras.

—Es periódico. Cada tres meses se las llevan... Luego se instalan unas nuevas y estamos tranquilos durante tres meses...

—¿Usted no conoce a Brown?

—¿Ese Brown que ha sido asesinado?

Resultaba monótono. Era más de mediodía. El sol caía a plomo sobre las calles. Maigret tenía ganas de abordar a un gendarme como un viajante de juerga y preguntarle:

—¿Dónde está el barrio donde puede uno divertirse?

Si la señora Maigret hubiese estado allí, opinaría que tenía los ojos demasiado brillantes a causa de todos los vermuts que llevaba bebidos.

Torció por una esquina y luego por otra. Y de repente, ya no fue ese Cannes de los grandes edificios al sol, sino un mundo nuevo, de callejuelas de un metro de anchas, con toldos tendidos de un extremo a otro de la calle en cables de acero.

A la derecha, un cartel: «*Aux vrais marins*».

A la izquierda un cartel: «*Liberty Bar*».

Maigret entró en «*Aux vrais marins*» y pidió un vermut de pie ante el mostrador de cinc.

—¡Anda! Yo creía que ustedes tenían una máquina tragaperras.

—*Teníamos.*

Sentía la cabeza pesada, las piernas flojas de haber recorrido toda la ciudad.

—Pero existen algunas todavía.

—Por supuesto que sí —refunfuñó el dueño del bar dando un golpe de trapo al mostrador—. Siempre hay algunos que se escapan. Sólo que eso a usted no le importa, ¿no cree?

Y echó una mirada atravesada hacia la calle.

A la siguiente pregunta de Maigret, respondió:

—Son dos francos y medio... No tengo nada que decirle...

Entonces el comisario Maigret empujó la puerta del «*Liberty Bar*».

Capítulo Tres

La ahijada de William

La estancia, que estaba vacía, no tenía más de tres metros de ancho por tres de profundidad. Era preciso bajar un par de escalones, porque estaba en un bajo.

Un mostrador estrecho. Una estantería provista de una docena de vasos. La máquina tragaperras. Y, por fin, dos mesas.

Al fondo, una puerta de cristales cubierta por unas cortinas de tul. Detrás de las cortinas se adivinaban unas cabezas que se movían. Pero nadie se levantó para atender al cliente. Únicamente, una voz de mujer que gritó:

—¿Qué espera usted?

Y Maigret entró. Había que bajar un nuevo escalón; la ventana, a ras del suelo de la calle, parecía un respiradero. En la luz imprecisa, el comisario pudo ver tres personas alrededor de una mesa.

La mujer que había gritado y que seguía comiendo, le miraba como él mismo tenía por costumbre mirar a las personas, con calma, sin perder detalle.

Con los codos sobre la mesa, ella suspiró al fin, mientras le señalaba un taburete con el mentón:

—¡Le ha costado llegar!

Cerca de ella había un hombre que Maigret no veía más que de espaldas, un hombre vestido con un buen uniforme de marino. Llevaba los cabellos claros, muy cortos.

—Come tranquilo —le dijo la mujer—. No es nada...

Por fin, al otro lado de la mesa, una tercera persona; una joven de tez mate cuyos grandes ojos clavaban en Maigret una mirada desconfiada.

Estaba en bata. Podía vérselo todo el seno izquierdo pero nadie hacía caso.

* * *

—Siéntese. ¿Le importa si vamos comiendo?

¿Tendría cuarenta y cinco años? ¿Cincuenta? ¿O más? Era difícil de decir. Estaba gorda, sonriente, segura de sí misma. Nada le asustaba. Se veía que lo había visto todo, oído todo, experimentado todo.

Una mirada le había bastado para saber qué venía a hacer allí Maigret. Y ni siquiera se había levantado. Estaba cortando gruesas rodajas de una pierna de carnero que atrajo un momento la atención de Maigret porque había visto pocos tan oleosos.

—Y usted, ¿es de Niza o Antibes?... No le he visto jamás...

—Policía Judicial... París...

—¡Ah!

Con ese Ah, quería decir que comprendía la diferencia, que apreciaba el rango del visitante.

—Entonces, ¿es cierto?

—¿Qué?

—Que William era algo así como un gran personaje...

Ahora Maigret veía al marinero de perfil. No era un marinero ordinario. Su uniforme era de tela fina. Llevaba un galón dorado y un escudo con las armas de un club en su gorra. Parecía aburrido de encontrarse allí. Comía sin levantar la mirada del plato.

—¿Quién es?

—Siempre le llamamos Yan... No sé su nombre... Es mayordomo del Ardena, un yate sueco que viene a pasar los inviernos a Cannes... Yan es el *maitre*... ¿verdad que sí, Yan?... El señor es de la policía... Ya te he contado la historia de William...

El otro decía que sí con la cabeza, pero daba la impresión de no estar entendiendo nada.

—Siempre dice que sí, pero no sabe qué es lo que acabo de decirle —dijo la mujer sin burlarse del marino—. No puede acostumbrarse al francés... Es un buen muchacho... Tiene mujer e hijos en su país... Enseña la foto, Yan... Foto, sí...

El hombre sacó una fotografía de su chaquetón. En ella se veía a una mujer sentada delante de una puerta y a dos bebés en la hierba.

—¡Gemelos! —explicó la cantinera—. Yan viene de cuando en cuando a comer aquí, porque se siente en familia. Él ha sido quien ha traído el carnero y el pescado...

Maigret miró a la muchacha, que no trataba de ocultar su seno.

—Y... esta...

—Es Sylvia... la ahijada de William...

—¿La ahijada?

—Bueno, no por la Iglesia... Él no estuvo en su bautismo...

—Acaso estás bautizada, Sylvia...

—¡Claro!

Proseguía mirando a Maigret con desconfianza, mientras mordisqueaba sin apetito.

—William sentía afecto por ella... Escuchaba sus desgracias... la consolaba...

Maigret estaba sentado en un taburete, los codos sobre las rodillas y el mentón en las manos. La gorda preparaba una ensalada con ajo que tenía toda la cara de una obra de arte.

—¿Ha comido usted?

Mintió.

—Sí... yo...

—Dígalo con franqueza... Aquí no hay que tener vergüenza... ¿No es cierto, Yan? ¡Mírele! Dice sí a todo y no entiende nada... Me gustan mucho estos muchachotes del Norte...

Probó la ensalada y le añadió un chorrito de oloroso aceite de oliva. No había mantel sobre la mesa no demasiado limpia. Una escalera arrancaba de la misma cocina y debía conducir al entresuelo. En un rincón, una máquina de coser.

La callejuela estaba llena de sol, y el respiradero se recortaba como un rectángulo cegador, pero se tenía la impresión de estar en una semipenumbra fría.

—Puede usted preguntarme... Sylvia está al corriente... En cuanto a Yan...

—¿Hace mucho tiempo que tiene el bar?

—Quizá quince años... Yo estuve casada con un inglés, un antiguo acróbata, y nuestra clientela eran los marineros ingleses y los artistas de music-hall... Mi marido se ahogó en las regatas, hace nueve años... Participaba para una baronesa que posee tres barcos y que usted debiera conocer...

—¿Y desde entonces?

—Nada. He seguido con el bar.

—¿Tiene usted muchos clientes?

—No tengo clientes... Más bien son amigos, como Yan, como William... Ellos saben que yo estoy sola y que me gusta la compañía... Vienen a beber una botella, o traen una escorpina o un pollo y yo preparo la comida...

Llenó los vasos y cayó en la cuenta de que Maigret no tenía.

—Ponle un vaso al comisario, Sylvia.

Aquella se levantó sin decir una palabra y se dirigió al bar. Bajo su bata, estaba desnuda. Igual que sus pies calzados con sandalias. Al pasar, rozó a Maigret sin excusarse. Aprovechando el momento que ella estaba fuera, la otra murmuró:

—No le haga caso... Adoraba a Will... Ha sido un golpe...

—¿Ella duerme aquí?

—A veces sí... a veces no...

—¿A qué se dedica?

La mujer miró a Maigret con un cierto aire de reproche. Parecía decir: «¿Y es un comisario de la Policía Judicial quien me hace semejante pregunta?». Sin embargo añadió:

—Oh, es una muchacha tranquila, nada viciosa por el dinero...

—¿William sabía...?

Otra vez la misma mirada. ¿Acaso se había equivocado al juzgar a Maigret? ¿Es que no entendía nada? ¿Iba a tener que poner los puntos sobre las íes?

Yan terminó de comer. Estaba esperando para decir algo, pero ella lo adivinó.

—Sí, puedes marcharte, Yan... ¿Vendrás esta tarde?

—Si los señores van al casino...

Se levantó y dudó antes de ejecutar los ritos tradicionales. Pero como la mujer le tendía la frente, él la besó mientras enrojecía, por culpa de Maigret. Se encontró con Sylvia, que volvía con un vaso.

—¿Te marchas?

—Sí...

La besó del mismo modo, esbozó un raro saludo en dirección a Maigret, saltó la escalera y se precipitó literalmente a la calle, mientras se encasquetaba la gorra.

—Un muchacho que no le gusta hacer el bestia, como la mayoría de los marineros... Prefiere venir aquí...

Ella también había terminado de comer. Se puso a gusto, con los codos sobre la mesa.

—¿Preparas el café, Sylvia?

A duras penas se alcanzaban a oír los ruidos de la calle. Sin el rectángulo de sol, no se hubiera podido decir ni qué hora del día o de la noche era.

Un despertador marcaba el paso del tiempo, colocado en medio de la chimenea.

—¿Entonces, qué es lo que usted quiere saber exactamente? A su salud... Todavía es whisky de William...

—¿Cómo la llaman a usted?

—Jaja... y cuando quieren enfadarme, la gorda Jaja...

Y ella se miraba el pecho enorme, que descansaba sobre la mesa.

—¿Hace mucho tiempo que conocía a William?

Sylvia había recuperado su lugar, y la barbilla en la mano, no le quitaba ojo a Maigret. La manga de su bata se mojaba en el plato.

—Yo casi diría que desde siempre. Pero no supe su nombre hasta la semana pasada... Debo aclararle que el «Liberty Bar» en tiempo de mi marido, era célebre... Siempre había artistas... Y eso atraía a la clientela rica, que venía a verlos.

»Sobre todo patrones de yate, que son todos unos jueguistas y unos excéntricos... Recuerdo haber visto muchas veces en aquella época a William, con su gorra blanca y acompañado de amigos y mujeres bonitas...

»Eran pandillas que bebían hasta el amanecer y se invitaban a rondas generales...

»Después, mi marido murió... Cerré durante un mes... No era temporada... Al invierno siguiente, tuve que pasar tres semanas en el hospital a causa de una peritonitis...

»Además, alguien abrió un bar en el mismo puerto...

»Desde entonces, todo está en calma... Ni siquiera trato de buscar clientes...

»Un día, William apareció y sólo desde entonces he podido conocerlo... Nos emborrachamos... Nos contamos historias... Durmió en el diván porque no podía mantenerse derecho...

—Seguía llevando gorra de capitán de yate...

—¡No!, ya no era exactamente el mismo. Tenía el vino triste... Y cogió la costumbre de venir a verme de cuando en cuando...

—¿Sabía usted su dirección?

—No, y no era de mi incumbencia. Y él no hablaba jamás de sus asuntos...

—¿Se quedaba mucho tiempo aquí?

—Tres, cuatro días... Traía comida... O me daba dinero para ir de compras... Según él, en ninguna parte comía como aquí...

Maigret miraba la carne rosa de la pierna de carnero, los restos olorosos de la ensalada. Verdaderamente era apetitoso.

—¿Sylvia estaba con usted?

—¡No estará insinuando...! Ella tiene exactamente veintiún años...

—¿Cómo la conoció?

Y al ver a Sylvia poner gesto huraño, Jaja le espetó:

—El comisario sabe cómo son estas cosas, mujer... Fue una tarde que William estaba aquí... Nosotros estábamos solos en el bar... Sylvia llegó con unos sujetos que había encontrado, viajeros de comercio o algo por el estilo... ya estaban alegres... Pidieron de beber... En cuanto a ella, no había más que verla para saber que era nueva en el oficio... Quería llevárselos

antes de que se emborrachasen... Pero no sabía estar a la altura de las circunstancias... Y lo que tenía que pasar, pasó... Al final, estaban tan borrachos que ni se acordaron de ella, y la dejaron aquí... Ella lloraba... Confesó que había llegado de París para la temporada y que no tenía ni para pagar el hotel. Durmió aquí... Ahora ha tomado la costumbre de venir...

—Resumiendo —rezongó Maigret—, que todos los que vienen aquí toman esa costumbre...

Y la vieja, radiante:

—¿Qué esperaba usted? ¡Es la casa de Dios! No hacemos nada especial... Tomamos los días como vienen...

Era sincera. Su mirada descendió hasta el pecho de la muchacha y suspiró:

—Lástima que ella no tenga salud... Se le ven las costillas... William quería pagarle un mes en el sanatorio, pero ella no quiso nunca...

—Perdóneme. ¿Es que William y ella...?

Fue la misma Sylvia quien respondió rabiosa:

—¡Nunca! Eso no es cierto...

La voluminosa Jaja explicó sorbiendo su café:

—No era uno de éstos... Sobre todo con ella... No quiero decir que alguna vez que otra...

—¿Con quién?

—Mujeres... Mujeres que recogía en algún lado... Pero no era frecuente... No le interesaba...

—¿A qué hora se marchó el viernes?

—Nada más comer... Debían ser las dos, como hoy...

—¿No dijo dónde se iba?

—Nunca hablaba de eso.

—¿Sylvia estaba aquí?

—Se marchó cinco minutos antes.

—¿Para ir adónde? —preguntó Maigret a la interesada.

Ella dijo despreciativa:

—¡Qué pregunta!

—¿Hacia el puerto? ¿Es allí donde...?

—Allí y en todas partes...

—¿No había nadie más en el bar?

—Nadie... Hacía mucho calor... Yo me quedé dormida una hora en una silla...

¡Pero eran más de las cinco cuando William Brown llegó a Antibes en su coche!

—¿Frecuentaba él otros bares como éste?

—Ninguno. Por otra parte, ninguno es como éste.

¡Naturalmente! El mismo Maigret, que no llevaba allí más que una hora, tenía la impresión de conocerlo de siempre. ¿Quizá porque no tenía personalidad? ¿O todavía a causa de esa atmósfera perezosa y relajada?

No tenía valor para levantarse y partir. El tiempo transcurría lentamente. Las agujas del despertador avanzaban sobre el cuadrante descolorido. Y el rectángulo de sol disminuía en el tragaluz.

—He leído los periódicos. No sabía ni siquiera el apellido de William... Pero he reconocido su foto... Hemos llorado, Sylvia y yo... ¿Qué podría hacer con esas dos mujeres? En nuestra situación, no podemos mezclarnos en estos asuntos, ¿no cree? Yo esperaba de un momento a otro la llegada de la policía... Cuando usted ha salido del bar de enfrente no lo he dudado...

Ella hablaba lentamente. Rellenó los vasos. Bebía el alcohol a sorbitos.

—Quien haya hecho eso ha sido un crápula; porque hombres como William hay pocos... Se lo digo yo...

—¿No le contó nada de su pasado?

Ella suspiró. ¿Es que Maigret no había comprendido todavía que «aquella era la casa donde nunca se hablaba del pasado»?

—Todo lo que puedo decirle es que era un caballero. Un hombre que ha sido muy rico, y que quizá lo era todavía... No lo sé... Ha tenido un yate, montones de criados...

—¿Era triste?

Suspiró de nuevo.

—¿No lo entiende?... Usted ha visto a Yan. ¿Él es triste? Pero no es lo mismo... ¿Acaso yo soy triste?... Nada impide que se eche un trago, que contemos cosas sin sentido, que se tengan ganas de llorar...

Sylvia la miraba con aire reprobador. Claro que ella no había bebido más que café, mientras que la gruesa Jaja andaba ya por su tercer vaso...

—Estoy contenta de que usted haya venido, porque así me quedo tranquila... No tengo nada que ocultar, nada que reprocharme... Pero con la policía ya se sabe... Mire, si hubiera sido la policía de Cannes, estoy segura de que me hubieran cerrado...

—¿William gastaba mucho dinero?

¿Pero es que no iba a conseguir hacerle entender la situación?

—Él gastaba sin gastar... Daba para ir a buscar de beber o de comer... Alguna vez pagaba la factura del gas o la electricidad... o le daba cien francos a Sylvia para que se comprase medias.

Maigret tenía hambre. Y estaban aquellas rodajas de carnero a pocos centímetros de sus narices. Sobre el plato quedaban dos trozos.

Cogió uno con los dedos y se lo comió sin dejar de hablar, como si fuese uno más de la casa.

—¿Sylvia trae aquí sus clientes?

—¡Nunca! Entonces sería cuando nos harían cerrar... Ya hay bastantes hoteles para eso en Cannes...

Y añadió mirando a Maigret a los ojos:

—Usted cree que han sido las mujeres las que lo han...

En ese momento volvió la cabeza. Sylvia se inclinó un poco para ver a través de los visillos de la puerta de cristales. La puerta exterior se había abierto. Alguien atravesaba el bar, empujaba la puerta y se detenía, extrañado al ver una cara nueva.

Sylvia se levantó. Jaja, quizás un poco enrojecida, dijo al recién llegado:

—Pasa... Es el comisario que se ocupa de William...

Y a Maigret:

—Un amigo... José... Es camarero en el Casino...

Ya se veía por la pechera blanca, la pajarita negra que José llevaba bajo su traje gris, los zapatos lustrosos.

—Volveré... —dijo.

No parecía muy convencido.

—He entrado sólo a decir buenos días... Tengo un soplo para la segunda y...

—¿Apuesta usted a los caballos? —dijo Maigret volviéndose a medias hacia el camarero.

—De vez en cuando... Hay clientes que me dan soplos... Debo marcharme...

Se batió en retirada, no sin que el comisario tuviese la impresión de que le dirigía un signo a Sylvia. Ésta había vuelto a sentarse. Jaja, suspiraba:

—Perderá otra vez... No es un muchacho agradable...

—Debo vestirme —dijo Sylvia levantándose y mostrando, por el escote de la bata, la mayor parte de su cuerpo; pero sin provocación, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Subió la escalera hasta el entresuelo, por donde se la oyó ir y venir. Maigret tuvo la impresión de que Jaja estiraba la oreja.

—Ella juega de vez en cuando en las carreras, también. Ha sido la que más ha perdido con la muerte de William...

Maigret se levantó de pronto, atravesó el bar y abrió la puerta de la calle.

Pero era demasiado tarde. José se alejaba a zancadas sin volverse, al tiempo que una ventana se cerraba en el entresuelo.

—¿Qué le ocurre?

—Nada... una idea...

—¿Otro vasito?... Ya sabe, si el carnero le gusta...

Sylvia bajaba, desconocida, con su traje sastre azul marino que le daba aire de muchachita. Una blusa de seda blanca volvía verdaderamente deseables los pequeños senos temblorosos que, sin embargo, Maigret había visto durante tanto tiempo. La falda moldeaba un vientre liso, un trasero nervioso. Las medias de seda estaban muy tirantes sobre sus piernas.

—Hasta la tarde.

Ella también besó a Jaja en la frente y se volvió hacia Maigret dubitativa. ¿Tenía que salir sin decirle adiós, o lanzarle un insulto?

En todo caso precisó su postura de enemigo. No trataba de darle beligerancia.

—Buenos días... Supongo que ya no tiene necesidad de mí...

Estaba tiesa. Aguardó unos instantes y se marchó con paso decidido.

Jaja se reía mientras llenaba los vasos.

—No le haga caso... Estas pequeñas no tienen todavía seso. ¿Quiere usted que le dé un plato para que pruebe mi ensalada?

El bar vacío, con su único escaparate dando sobre la calle.

Allá arriba, encima de la escalera, el entresuelo que debía estar en desorden; el tragaluz y el patio de donde el sol se marchaba poco a poco...

Bonito universo en medio del cual Maigret se había instalado, delante de los restos de una olorosa ensalada y en compañía de una mujer gorda que parecía descansar sobre su enorme pecho y que suspiraba:

—¡Cuando yo tenía su edad me hacían marchar de otra manera!

No tenía necesidad de precisar. Se la imaginaba muy bien en algún lugar cerca de Saint-Denis o del bulevar Montmartre, con un traje de seda vistoso y vigilada, a través del escaparate de cualquier bar, por un chulo desconfiado...

—Hoy en día...

Le había hecho demasiado honor a la botella. Sus ojos se humedecieron mirando a Maigret. Su boca infantil esbozó una mueca que presagiaba lágrimas.

—Usted me recuerda a William... Ése era su sitio... Él también dejaba la pipa junto al plato para comer... Tenía los mismos hombros... ¿Sabe usted que se le parece?

Se contentó con enjugarse los ojos, sin llorar.

Capítulo cuatro

La genciana

Era la hora rosa, equívoca, cuando los sudores producidos por el sol que se pone se disipan en el frescor de la noche que se aproxima. Maigret salió del «Liberty Bar» como se sale de los malos sitios, con las manos en los bolsillos y el sombrero sobre los ojos. Sin embargo, una docena de pasos más allá tuvo que volverse, como si necesitase asegurarse de la realidad de aquel ambiente que acababa de abandonar.

El bar seguía allí, metido entre dos casas, con su estrecha fachada pintada de un feo azul y las letras amarillas de la enseña.

Detrás de los cristales había un bote con flores y al lado un gato dormido.

Jaja debía dormitar también en la trastienda, sola con el despertador que contaba los minutos...

Al final de la callejuela, renacía la vida de siempre: tiendas, gente vestida como todo el mundo, coches, un tranvía, un gendarme...

Más a la derecha estaba la Croisette, que a esta hora se parecía a las acuarelas que el Sindicato de Iniciativas de Cannes hace reproducir en los semanarios de lujo...

Era dulce, apacible... La gente caminaba sin apresuramiento... Los coches se deslizaban sin ruido, como si no tuvieran motor... Y todos aquellos yates claros en el agua del puerto...

Maigret se sentía fatigado, amodorrado y, sin embargo, no tenía ganas de volver a Antibes. Iba y venía sin objeto, parándose sin saber por qué, reanudando la marcha en cualquier dirección, como si la parte consciente de

su ser hubiese quedado en el antro de Jaja, cerca de la mesa puesta, donde a mediodía se sentaba un correcto marinero sueco frente a Sylvia con sus senos desnudos...

Durante diez años, William Brown había vivido allí muchos días al mes, en medio de una cálida pereza, junto a Jaja que lloriqueaba después de unos cuantos vasos y se quedaba dormida en su silla.

—¡Genciana, pardiez!

Maigret estaba orgulloso de haber encontrado lo que buscaba desde hacía un cuarto de hora sin ni siquiera darse cuenta. Desde que salió del «Liberty Bar» se había empeñado en definirlo desembarazándolo de su pintoresco contorno, para no quedarse más que con su esencia. Y lo había conseguido. Recordaba lo que le había dicho un amigo, al ofrecerle un aperitivo:

—¿Qué quieres beber?

—Una genciana^[1].

—¿Es una nueva moda?

—Nada de modas. Es el último recurso del borracho, viejo. Tú conoces la genciana. Es amarga. Ni siquiera tiene alcohol. Pues bien, cuando durante treinta años se ha estado empapado en alcoholes diversos, ya no queda más que ese vicio, ese amargor para retorcer las tripas...

¡Eso era! Un sitio sin vicio, sin maldad. Un bar donde se pasaba inmediatamente a la cocina para ser recibido por la familiaridad de Jaja.

Se bebía mientras ella cocinaba la pitanza. Uno mismo iba a buscar en la carnicería vecina la ternera. Sylvia bajaba medio desnuda con los ojos llenos de sueño y se la besaba en la frente sin ni siquiera mirar sus pobres senos.

No se estaba muy limpio, ni demasiado alegre. No se hablaba demasiado. La conversación se arrastraba sin convicción, como las personas...

Nada del mundo exterior ni agitación. Apenas un rectángulo de sol...

Comer, beber... Dormitar y beber de nuevo, mientras Sylvia se vestía y se estiraba las medias sobre los muslos antes de ir a trabajar...

—Hasta la vista, padrino...

¿No era exactamente la historia de la genciana de su amigo? ¿Y el «Liberty Bar» no era la última enseñada cuando ya se ha visto todo y se ha experimentado todo en el vicio?

Mujeres sin belleza ni coquetería, ni deseo, y que no son deseadas, sino que se les besa en la frente al tiempo que se les da cien francos para comprar medias diciéndoles a la vuelta:

—¿Ha ido bien el trabajo?

Maigret se sentía un poco oprimido. Quería pensar en otra cosa. Se había detenido delante del puerto, en el cual comenzaba a formarse una ligera neblina a pocos centímetros del agua.

Había dejado atrás los yates pequeños y los veleros de carreras. A diez metros, un marinero recogía una bandera roja adornada con una media luna, de un enorme vapor blanco, que debía pertenecer a un pachá cualquiera.

Más cerca, pudo leer en la popa de un yate de una cuarentena de metros: «Ardena».

No había hecho más que evocar la figura del sueco del bar de Jaja, cuando al levantar la cabeza pudo verlo en el puente, con guantes blancos, depositando una bandeja con té sobre la mesita de caña.

El propietario estaba medio recostado, en compañía de dos muchachas. Reía y mostraba al hacerlo una dentadura admirable. Una pasarela de tres metros de largo le separaba de Maigret, y éste se lanzó a cruzarla encogiéndose de hombros y sintiendo ganas de estallar en carcajadas al ver descomponerse la cara del sueco.

Hay momentos en que se dan pasos como aquél, no por su utilidad sino por hacer algo, o para tratar de no pensar.

—Perdón, caballero...

El propietario había dejado de reír. Aguardaba, como las mujeres, vuelto hacia Maigret.

—Una pregunta, por favor. ¿Conocía usted a un tal Brown?

—¿Tiene un barco?

—Tuvo uno... William Brown...

Maigret apenas aguardó la respuesta.

Miraba a su interlocutor, que debía tener como cuarenta y cinco años, rodeado de las mujeres semidesnudas bajo los trajes.

Se decía a sí mismo:

«Brown ha sido como él. Se rodeaba de bellas mujeres, bien vestidas y con cada detalle de su persona sabiamente estudiado para provocar el deseo.

Las llevaría para divertirse a las tascas, donde invitaría a champaña a toda la clientela...». Le contestaron con fuerte acento:

—Si es el Brown que yo pienso, tuvo hace tiempo ese barco grande que está el último... El «Pacific»... Pero ya ha sido vendido dos o tres veces...

—Muchas gracias.

El hombre y las dos mujeres no entendían el objeto de la visita de Maigret. Le observaron alejarse, y el comisario alcanzó aún a escuchar una risita de mujer...

El «Pacific»... No había más que dos barcos de su tonelaje en el puerto, uno de los cuales era el de pabellón turco.

El «Pacific» parecía abandonado. En muchos lugares emergía la chapa bajo la pintura saltada. Los cobres estaban herrumbrosos. Había un letrero miserable: «En venta».

Era la hora en que los marinos, lavados y radiantes dentro de sus uniformes, se van a la ciudad en grupos, como los soldados.

Cuando Maigret volvió a pasar frente al «Ardena», sintió las miradas de los tres personajes clavadas en él, y se imaginó al camarero espiándole desde cualquier rincón del puente.

* * *

Las calles estaban oscurecidas. A Maigret le costó encontrar el garaje, donde sólo tenía una pregunta por hacer:

—¿A qué hora vino Brown el viernes a buscar su coche?

Hubo que llamar al mecánico.

¡A las cinco menos unos minutos! Luego había tenido el tiempo justo de volver a Antibes.

—¿Estaba solo? ¿No le esperaba nadie fuera? ¿Está usted seguro de que no iba herido?

William Brown había dejado el «Liberty Bar» hacia las dos. ¿Qué hizo durante esas tres horas?

Maigret ya no tenía motivos para quedarse en Cannes. Esperó el autocar, y se metió en un rincón, dejando flotar la mirada por la carretera, donde los coches con los faros encendidos, marchaban en caravana.

La primera persona que vio al bajar del autobús en la plaza Macé fue el inspector Boutigues, que estaba sentado en la terraza del «Café Glacier» y que se levantó al verlo bajar.

—Le estoy buscando desde esta mañana... Siéntese... ¿Qué desea tomar?... Camarero... Dos *pernod*s...

—No, para mí... una genciana —dijo Maigret, que deseaba probar el brebaje.

—He interrogado a todos los chóferes de taxi. Como ninguno le había llevado, he preguntado a los conductores de autobús. Así he sabido que usted estaba en Cannes...

Hablaba rápido. ¡Y con apasionamiento!

Maigret le miraba sorprendido a pesar suyo, lo cual no impedía al pequeño inspector continuar:

—No hay más que cinco o seis restaurantes donde se puede comer decentemente... He telefoneado a todos... ¿Dónde diablos ha ido usted a comer?...

Boutigues hubiera quedado sorprendido si Maigret le hubiera dicho la verdad, hablándole del carnero y la ensalada de ajo, de la cocina de Jaja y sus vasitos, y de Sylvia...

—El juez de instrucción no quiere hacer nada sin haberle consultado... Pero hay novedades... El hijo ha llegado...

—¿El hijo de quién?...

Maigret hizo una mueca porque acababa de beber un trago de genciana.

—El hijo de Brown... Estaba en Amsterdam cuando...

Decididamente, Maigret tenía dolor de cabeza. Trataba de concentrar su espíritu, pero apenas lo conseguía.

—¿Brown tiene un hijo?

—Tiene varios... De su verdadera mujer, que vive en Australia... Sólo uno está en Europa y se ocupa de las lanas...

—¿Las lanas?

En ese momento, Boutigues debía tener una pobre impresión de Maigret. Pero éste seguía en el «Liberty Bar». Precisamente ahora trataba de evocar al camarero que jugaba en las carreras y al cual Sylvia había hablado por la ventana...

—Sí. Los Brown son los mayores propietarios de Australia. Crían corderos y venden la lana en Europa... Uno de los hijos se cuida de las tierras... Otro, en Sydney, vigila las expediciones... El tercero en Europa, va de un puerto a otro, según sean destinadas las lanas a Liverpool, el Havre, Amsterdam o Hamburgo... Él es quien...

—¿Y qué quiere?

—Dice que es preciso enterrar a su padre lo más pronto posible y que pagará... Tiene mucha prisa... Tiene que coger el avión mañana por la tarde...

—¿Está en Antibes?

—No. En Jean-les-Pins... Quería un hotel, con un apartamento para él solo... Parece que tiene cogida la línea por toda la noche para poder telefonar a Anvers, Amsterdam, o qué sé yo dónde...

—¿Ha ido a la villa?

—Se lo propuse, pero rehusó.

—En definitivas cuentas, ¿qué hace?

—Ha visto al juez. Eso es todo. Ha insistido para que las cosas vayan rápidamente. ¡Y ha preguntado que cuánto!

—Cuánto, ¿qué?

—Cuánto costaría eso.

Maigret miraba la plaza, con aire ausente. Boutigues prosiguió:

—El juez ha estado esperándole a usted toda la tarde en su despacho. No puede impedir el permiso para enterrarlo, ahora que la autopsia ha sido practicada. El hijo de Brown ha telefoneado tres veces y, al final, le hemos prometido que el entierro tendría lugar mañana a primera hora...

—¿A primera hora?

—Sí, para evitar la gente... Por eso le buscaba... Vamos a cerrar el ataúd esta tarde... Si usted quiere ver a Brown antes...

—¡No!

De ningún modo. Maigret no tenía ganas de ver el cadáver. Ya conocía lo suficiente a William Brown sin eso.

Había bastante gente en la terraza. Boutigues observó que les miraban desde algunas mesas, lo cual no le desagradó demasiado. Sin embargo, murmuró:

—Hablemos más bajo.

—¿Dónde quiere enterrarlo?

—Pues... en el cementerio de Antibes... El coche fúnebre estará en la Morgue a las siete de la mañana... Sólo falta confirmarle el asunto a Brown.

—¿Y las dos mujeres?

—No hemos decidido nada... ¿Quizás el hijo preferiría...?

—¿En qué hotel dice usted que se aloja?

—En el «Provenzal». ¿Quiere verlo?

—Hasta mañana —dijo Maigret—. ¿Supongo que estará usted en el entierro?

Se encontraba de un humor extraño. Al mismo tiempo divertido y macabro. Un taxi le condujo hasta el «Provenzal», donde fue recibido por un portero, luego por otro empleado con galones y por fin, por un joven delgado vestido de negro, atrincherado tras un mostrador.

—¿El señor Brown?... Voy a ver si está libre... ¿Puede decirme su nombre?...

Teléfonos. Idas y venidas del empleado. Aquello duró cinco minutos, hasta que al fin vinieron a buscar a Maigret y le condujeron a través de interminables pasillos hasta una puerta con el número 37. Al otro lado de la puerta, un tecleo de máquina de escribir. Un grito demasiado fuerte:

—¡Entre!

Maigret se encontró frente a Brown hijo, el encargado del departamento de Lanás-Europa.

* * *

Sin edad. Podía tener treinta años, pero también cuarenta. Un joven delgado, con los rasgos muy marcados, completamente afeitado, vestido con un traje correcto y una perla en su corbata negra a rayas blancas.

Ni rastro de desorden o improvisación. Ni un cabello fuera de su sitio. Y sin estremecerse al conocer a su visitante.

—¿Me perdona un momento?... Siéntese...

Una dactilógrafa estaba sentada ante la mesa Luis XV. Otra secretaria hablaba inglés por teléfono.

Y Brown hijo acababa de dictar un cable en inglés sobre unas pérdidas a causa de una huelga de descargadores.

La secretaria le llamó:

—Señor Brown...

Le tendió el receptor del teléfono.

—¡Oiga!... ¡Oiga!... Yes!

Escuchó largo rato sin decir una palabra, y espetó en el momento de colgar:

—¡No!

Pulsó un timbre y le preguntó a Maigret:

—¿Un oporto?

—Gracias.

Y al presentarse el *maître*, le pidió sin más:

—¡Un oporto!

Hacía todo aquello sin fiebre, pero con aspecto receloso, como si de sus menores hechos y gestos, del más pequeño temblor de sus rasgos, hubiesen dependido los destinos del mundo.

—Vaya a escribir en mi habitación —le dijo a la mecanógrafa indicándole la pieza vecina.

Y a su secretaria:

—Pida que le pongan con el juez de instrucción...

Al fin se sentó suspirando al tiempo que cruzaba las piernas.

—Estoy cansado. ¿Es usted quien hace la investigación?...

Empujó hacia Maigret el oporto que traía la camarera.

—Es una historia ridícula, ¿no cree?

—No tan ridícula —refunfuñó Maigret con aspecto poco amable.

—Quiero decir fastidiosa...

—¡Por supuesto! Siempre es fastidioso recibir una cuchillada en la espalda y morir...

El joven se levantó con impaciencia, abrió la puerta de la habitación vecina, dio algunas órdenes en inglés y volvió hacia Maigret ofreciéndole una pitillera.

—Gracias. Sólo fumo en pipa...

El otro tomó de un velador una caja de tabaco inglés.

—Sólo mi marca —dijo Maigret sacando su paquete del bolsillo.

Brown recorría la estancia a zancadas.

—Usted sabe, ¿no es eso?, que mi padre llevaba una vida muy... escandalosa...

—Tenía una querida.

—Y más cosas. Muchas otras cosas. Usted debe saber, porque de lo contrario, corre el peligro de... ¿cómo lo llaman ustedes?... meter la pata...

El teléfono le interrumpió. Lo descolgó la secretaria y contestó, esta vez en alemán, mientras Brown le hacía gestos negativos. Pero tardaba mucho. Brown se impacientaba. Y como la secretaria no terminaba lo bastante rápido, el joven le cogió el teléfono de las manos y colgó.

—Mi padre se vino a Francia hace tiempo sin mi madre... y medio nos arruinó...

Brown no se quedaba quieto. Sin dejar de hablar, cerró la puerta tras su secretaria. Tocó el vaso de oporto con el dedo.

—¿No lo bebe?

—Gracias.

Se encogió de hombros con impaciencia.

—Se intervino judicialmente... Mi madre ha sido muy desgraciada... Ha trabajado demasiado...

—Ah, ¿fue su madre quien rehízo el negocio?

—Sí, con mi tío.

—El hermano de su madre, naturalmente.

—Yes! Mi padre había perdido... dignidad... sí, la dignidad... Por tanto, mejor es que no se hable demasiado... ¿Comprende?...

Maigret no le quitaba ojo y aquello parecía poner al joven fuera de sí. Sobre todo porque aquella espesa mirada resultaba difícil de descifrar. A lo mejor no quería decir nada. ¡Pero también podía ser terriblemente amenazante!

—Una pregunta, señor Brown. Señor Harry Brown, según veo en sus maletas. ¿Dónde estaba el viernes pasado?

Hubo que aguardar a que el joven recorriera la estancia dos veces.

—¿Qué piensa usted?

—Yo no pienso nada. Solamente le pregunto dónde estaba.

—¿Eso tiene importancia?

—Puede que sí, puede que no.

—Estaba en Marsella por la llegada del «Glasco». Un barco con lana que está ahora en Amsterdam sin poder descargar por culpa de una huelga...

—¿Ha visto usted a su padre?

—No lo he visto.

—La última pregunta. ¿Quién pasaba una pensión a su padre? ¿Y cuánto era?

—¡Yo! Cinco mil francos al mes... ¿Va a contarle eso a los periódicos?

Seguía escuchándose el ruido de la máquina de escribir, la campanita al final de cada línea, el deslizamiento del carro.

Maigret se levantó y cogió su sombrero.

—Muchas gracias.

Brown estaba estupefacto.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo... Muchas gracias...

El teléfono volvió a sonar, pero el joven no trató de descolgarlo. Miraba como sin creérselo a Maigret, que se dirigía hacia la puerta.

Entonces, desesperado, cogió un sobre de la mesa:

—Tenía preparado para las obras de caridad de la policía...

Maigret ya estaba en el pasillo. Poco después bajaba la escalera suntuosa y atravesaba el vestíbulo precedido de un criado con librea.

A las nueve cenaba solo en el comedor del «Hotel Bacon», mientras consultaba el listín de teléfonos. Pidió uno tras otro, tres números de Cannes. Sólo al tercero le contestaron:

—Sí, es aquí al lado...

—Perfecto. ¿Sería usted tan amable de decirle a la señora Jaja que el entierro será mañana a las siete en Antibes? Sí, el entierro... Ella comprenderá...

Paseó por la habitación. Desde la ventana podía ver a quinientos metros la villa con las ventanas apagadas.

«¿Tendría valor...?». ¡No! Sólo tenía sueño.

—Tienen teléfono, ¿verdad?

—Sí, señor comisario. ¿Quiere que llame?

La criadita con su gorro blanco hacía pensar en un ratón recorriendo la estancia.

—Señor... una de las damas está al aparato.

Maigret tomó el receptor.

—Oiga... Aquí el comisario... Sí... No he tenido tiempo de ir a verlas... El entierro es mañana por la mañana a las siete... ¿Cómo?... No, no esta tarde... Tengo trabajo... Buenas tardes, señora...

Debía ser la vieja. Sin duda ya estaría corriendo alocada a contarle la noticia a su hija. Más tarde discutirían qué debían hacer.

La dueña del hotel había entrado en el cuarto, sonriente, melosa.

—¿Le ha gustado la bullabesa? La he hecho expresamente para usted, dado que...

¿La bullabesa? Maigret buscaba en sus recuerdos.

—Ah, sí, excelente. Exquisita —se forzó a decir con una sonrisa amable.

Pero no la recordaba. Se había ahogado junto al cúmulo de cosas inútiles, mezclada con Boutigues, el autobús, el garaje...

En cuanto a detalles culinarios, sólo había una cosa que le restaba: la pierna de carnero de Jaja... Con la ensalada oliendo a ajo...

¡Perdón! Había otra cosa: el olor azucarado del oporto que no había bebido en el «Provençal», mezclado con el olor de la loción de Brown hijo...

—Hágame subir una botella de Vittel —pidió dirigiéndose hacia la escalera.

Capítulo cinco

El entierro de William Brown

El sol estaba ya en lo alto, y si en las calles de la ciudad las contraventanas estaban cerradas y las aceras desiertas, la vida del mercado ya había empezado. Una vida simple y descuidada, de personas que se levantan pronto y tienen tiempo por delante, y lo emplean en charlar en italiano y francés en lugar de apresurarse.

La alcaldía tiene la fachada amarilla y su doble escalinata se abre a mitad del mercado. La Morgue está en los bajos.

A las siete menos diez, se detuvo un coche fúnebre, todo negro, ridículo en medio de las flores y las hortalizas. Maigret llegó casi al mismo tiempo y vio llegar corriendo a Boutigues, levantado apenas diez minutos antes y que había olvidado de abotonarse el chaleco.

—Tenemos tiempo de echar un trago... Todavía no hay nadie...

Y tras empujar la puerta de un bar, pidió un ron.

—¿Sabe usted que ha sido complicado?... El hijo no nos había dicho nada del precio del ataúd... Le telefoneé ayer por la tarde y me dijo que le era igual, con tal de que fuera de buena calidad... Pero no había ni un solo ataúd en Antibes de roble macizo... Hemos tenido que traer uno de Cannes, a las once de la noche... Entonces, recordé la ceremonia... ¿Había que pasar por la iglesia? Volví a telefonar al «Provençal», pero Brown estaba acostado... He hecho lo que he podido... Mire...

Mostró, en la plaza del mercado como a unos cien metros, la puerta de una iglesia festoneada en negro.

Maigret prefirió no decir nada, pero le daba la impresión de que Brown era protestante y no católico.

El bar hacía esquina en una callejuela y tenía una puerta en cada fachada. Cuando Maigret y Boutigues salían por un lado, un hombre entró por el otro, y sus miradas se cruzaron.

Era José, el camarero de Cannes, el cual no sabiendo si saludar o no, optó por un gesto vago.

Maigret supuso que José había traído a Jaja y Sylvia a Antibes. No se equivocaba. Ellas iban delante, hacia el coche fúnebre, Jaja estaba deshinchada. Y la otra, que parecía tener miedo de llegar tarde, la arrastraba.

Sylvia llevaba su traje sastre azul que le daba un aire de muchachita muy apropiado. En cuanto a Jaja, había perdido la costumbre de andar. Quizá tenía los pies doloridos, o las piernas hinchadas. Iba vestida de una brillante seda negra.

Debían haberse levantado a las cinco para coger el autobús. Un acontecimiento sin precedentes en el «Liberty Bar».

Boutigues preguntó:

—¿Quién es?

—No sé... —dijo Maigret vagamente.

Pero en ese momento las dos mujeres se detuvieron y dieron media vuelta, porque habían llegado cerca del furgón. Al ver al comisario, Jaja se abalanzó sobre él.

—¿Llegamos tarde? ¿Dónde está?

Sylvia tenía ojeras y seguía con la misma hostilidad hacia Maigret.

—¿José las ha acompañado?

Ella estuvo a punto de mentir.

—¿Quién se lo ha dicho?

Boutigues se mantenía apartado. Maigret vio un taxi que, al no poder atravesar el gentío del mercado, se detuvo en la esquina.

Las dos mujeres que descendieron causaron sensación, porque iban de gran luto, con velos de crepé que les llegaban al suelo.

Era sorprendente, con ese sol, con aquella alegría de vivir Maigret le susurró a Jaja:

—Me permite...

Boutigues estaba inquieto. Pidió al enterrador, que deseaba ir a buscar el ataúd, que tuviese paciencia.

—¿Llegamos tarde? —preguntó la vieja—. La culpa es del taxi, que no venía a recogernos...

De pronto, su mirada se clavó en Jaja y Sylvia.

—¿Quiénes son?

—No lo sé.

—Me imagino que ellas no van a mezclarse en...

Y llegó otro taxi, cuya portezuela se abrió antes de que se detuviese del todo y bajó un Harry Brown completamente de negro, los rubios cabellos bien peinados y el semblante fresco. Su secretaria, también de negro, le acompañaba llevando una corona de flores naturales.

En ese momento Maigret cayó en la cuenta de que Sylvia había desaparecido. La encontró en el mercado junto a las cestas de un florista; al volver, llevaba un ramillete de violetas de Niza.

¿Por qué las dos mujeres de luto se alejaron a su vez? Se las adivinaba discutir mientras se aproximaban al vendedor. La vieja contó un puñado de monedas, mientras la joven elegía mimosas.

Por su parte Brown se había detenido a algunos metros del coche fúnebre y se contentó con esbozar un saludo hacia Maigret y Boutigues.

—Más vale prevenirle de lo que hemos preparado... —suspiró éste.

La parte más cercana del mercado había dejado casi de trabajar y seguía el espectáculo con la mirada. Pero veinte metros más allá proseguía el bullicio habitual, los gritos, las risas y todas aquellas flores, los frutos, las hortalizas al sol, el olor a ajo y a mimosa.

Cuatro empleados llevaban el féretro que era enorme, guarnecido profusamente de adornos de bronce. Boutigues volvió.

—Me parece que igual le da. Se ha encogido de hombros...

La muchedumbre se apartó. Los caballos se pusieron en marcha. Harry Brown, tieso, con el sombrero en la mano, avanzaba mirándose la punta de los zapatos relucientes.

Las cuatro mujeres dudaron. Hubo cambio de miradas. Después, como la muchedumbre volviese a cerrarse, se encontraron sin quererlo en la misma fila, justo detrás del hijo de Brown y de su secretaria.

La iglesia, cuyas anchas puertas estaban abiertas, se encontraba absolutamente vacía y agradablemente fresca.

Brown aguardaba en lo alto de la escalinata a que el féretro fuese sacado del coche. Estaba habituado a las ceremonias. No le embarazaba en absoluto ser el centro de todas las miradas.

Es más, observaba a las cuatro mujeres sin demasiada curiosidad.

Los preparativos habían sido hechos demasiado tarde. En el último momento se cayó en la cuenta de que nadie había avisado al organista. El cura llamó a Boutigues, le habló por lo bajo y cuando el inspector volvió le dijo afligido a Maigret:

—No hay música... Hay que esperar un cuarto de hora por lo menos... Y más, si el organista se ha ido de pesca...

Algunas personas entraban en la iglesia, echaban una ojeada y salían. Y Brown, siempre de pie, rígido, miraba en torno suyo con la misma plácida curiosidad.

Fue una ceremonia rápida, sin música ni cánticos. El hisopo salpicó de agua bendita e inmediatamente los cuatro empleados se llevaron el féretro.

Hacía un poco de calor. Pasaron delante del escaparate de una peluquería donde el maestro en blusa blanca levantaba las persianas. Un hombre se afeitaba delante de la ventana abierta. Y la gente que iba a su trabajo se volvía extrañada, pues la exigua escolta que acompañaba el féretro, no correspondía al lujo y riqueza de éste.

Las dos mujeres de Cannes y las dos de Antibes seguían en fila, pero a un metro de distancia. Un taxi vacío les seguía. Boutigues, que llevaba la responsabilidad de la ceremonia, estaba nervioso.

—¿Cree usted que habrá escándalo?

No lo hubo. El cementerio, con todas sus flores, era tan alegre como el mercado. Encontraron cerca de la fosa, recién abierta, al cura y al monaguillo que no habían sido vistos llegar.

Harry Brown fue invitado a echar la primera paletada de tierra. Después hubo una duda. La vieja enlutada empujó a su hija y la siguió.

Brown ya había vuelto a su taxi, caminando a grandes zancadas.

Nueva duda. Maigret se mantenía apartado con Boutigues. Jaja y Sylvia no querían marcharse sin decirle adiós. Las dos mujeres enlutadas se les

adelantaron. Gina Martini lloraba y metía bajo el velo el pañuelo arrugado.

Su madre preguntó desconfiadamente.

—Era su hijo, ¿verdad?... Imagino que ahora querrá venir a la villa...

—Es posible. No lo sé...

—¿Le veremos hoy?

Pero ella sólo miraba a Jaja y a Sylvia. Sólo ellas le interesaban.

—¿De dónde han salido éstas?... No debieran permitir que criaturas semejantes se mezclaran...

Los pájaros cantaban en las ramas. Los sepultureros lanzaban tierra al hoyo con ritmo regular, y a medida que éste se llenaba el ruido era cada vez más blando. Mientras tanto, habían dejado la corona y los dos ramilletes sobre la tumba vecina. Sylvia miraba hacia allí, con la mirada fija y los labios exangües.

Jaja se impacientaba. Tenía que aguardar la partida de las otras dos para acercarse a Maigret. Tenía calor. Y le debía costar trabajo mantenerse en pie.

—Sí... iré a verlas cualquier rato...

Los negros velos se alejaron hacia la salida. Jaja se aproximó con un suspiro de alivio.

—¿Son ellas?... ¿Él estaba verdaderamente casado?

Sylvia seguía detrás, mirando la fosa casi llena.

Y Boutigues se enervaba a su vez. No se atrevía a acercarse para asistir a la conversación.

—¿Ha sido el hijo quien ha pagado el ataúd?

Se la veía muy a disgusto.

—Un extraño entierro —dijo—. No sé por qué, pero no me lo había imaginado así... No he podido ni llorar...

Era ahora cuando le venía la emoción. Miraba el cementerio y sentía un vago malestar.

—No era ni siquiera triste... Podría decirse que...

—¿Podría decirse que?

—No lo sé... Como si no fuese un verdadero entierro...

Detuvo un gemido, se secó los ojos y se volvió hacia Sylvia.

—Vamos... José nos espera...

El guardián del cementerio, en la puerta, se preparaba un congrio.

* * *

—¿Qué opina usted?

Boutigues estaba inquieto. Comprendía que algo no marchaba. Maigret encendió su pipa.

—Opino que William Brown ha sido asesinado —replicó.

—¡Naturalmente!

Deambulaban por las calles, en las cuales los toldos habían sido echados por encima de los escaparates. El mismo barbero de la mañana leía el periódico sentado a la puerta. En la plaza Macé vieron a las dos mujeres de Cannes y a José que esperaban el autobús.

—Tomemos un trago en la terraza —propuso Boutigues.

Maigret aceptó. Estaba invadido por una pereza casi demoledora. Múltiples imágenes se sucedían en su retina, se confundían, y ni siquiera trataba de ponerlas en orden.

En la terraza del «Glacier», por ejemplo, entrecerró los ojos. Las pestañas cruzadas formaban una reja de sombra tras la cual la gente y las cosas tomaban un aspecto hechizante.

Vio a José ayudando a la gruesa Jaja a subir al autobús. Después pasó lentamente un hombrecito completamente vestido de blanco y con un sombrero colonial, que llevaba de la correa un perrito chow-chow de lengua violeta.

Otras imágenes se confundían con la realidad; William Brown al volante de su viejo coche, llevando a las dos mujeres de tienda en tienda, con el pijama bajo la gabardina y las mejillas sin afeitar.

En ese momento el hijo, de vuelta al «Provençal», debía enviar cables, responder al teléfono, yendo y viniendo a grandes pasos secos y regulares.

—Es un asunto extraño —suspiró Boutigues, que no le gustaba el silencio, descruzando las piernas y volviéndolas a cruzar en sentido contrario—. Lástima que hayamos olvidado avisar al organista.

—Sí, William Brown ha sido asesinado...

Maigret lo repitió para sí mismo, para convencerse de que, a pesar de todo, había un drama.

El cuello duro le oprimía. Tenía la frente sudorosa. Miraba con glotonería el grueso trozo de hielo que flotaba en su vaso.

—Brown ha sido asesinado... Salió de su casa como hacía cada mes, para ir a buscar dinero. Dejó su coche en el garaje. Y fue a buscar a un banco o a la oficina de un hombre de negocios, la mensualidad que le pasaba su hijo. Después, estuvo algunos días en el «Liberty Bar».

Unos pocos días de cálida pereza, como la que aplastaba a Maigret. Unos pocos días en zapatillas, de una silla a otra, comiendo y bebiendo con Jaja, mirando ir y venir a Sylvia medio desnuda...

«El miércoles a las dos, se marchó. A las cinco, poco más o menos, recoge su coche y un cuarto de hora más tarde cae, herido de muerte, entre las escaleras, mientras sus mujeres le insultan creyéndolo borracho... Y lleva alrededor de dos mil francos, como siempre...». Maigret no ha hablado. Todo esto lo ha estado pensando, mientras mira pasar la gente detrás de la verja de sus pestañas.

Es Boutigues quien murmura:

—Me pregunto quién podía tener interés en su muerte.

He aquí la cuestión más peligrosa. ¿Sus dos mujeres? ¿No son ellas las más interesadas en que viva puesto que con los dos mil francos que les trae cada mes van haciéndose sus ahorros?

¿Y las de Cannes? Ellas perderían uno de los pocos clientes que les llena la casa de comida durante ocho días al mes, que le paga medias de seda a una y la cuenta de la luz o la electricidad a la otra...

¡No!, interés material, sólo puede tenerlo Harry Brown, puesto que con su muerte evita tener que seguir pagando los cinco mil francos al mes. Pero ¿qué son cinco mil francos para una familia que vende lana por barcos?

Boutigues suspiró:

—Terminaré por creer, como la gente de por aquí, que se trata de un asunto de espionaje...

—Camarero, llénelos otra vez —dijo Maigret.

Inmediatamente se arrepiente. Quiere dar contraorden, pero no se atreve.

No trata ni de lamentarse de su debilidad. Recordará más adelante esa hora en la terraza del «Café Glacier», de la plaza Macé...

Porque está en uno de sus raros momentos de debilidad. ¡De debilidad absoluta! El aire es templado. Una niña vende mimosas en la esquina y tiene los pies desnudos, las piernas tostadas.

Un cochazo gris con accesorios niquelados, pasa sin ruido, llevando hacia la playa tres muchachas en trajes veraniegos y un joven de bigotes primerizos.

Eso son vacaciones. Ayer también, en el puerto de Cannes, con la puesta de sol sintió las vacaciones, sobre todo en el «Ardena», donde el propietario se turnaba con las muchachas de formas apetitosas.

Maigret está vestido de negro, como en París. Y lleva su sombrero hongo que no tiene nada que hacer aquí.

Un cartel anuncia en letras azules, delante suyo: «Casino de Jean-les-Pins. Gran gala de la lluvia de oro...». El hielo se funde lentamente en el vaso de color ópalo.

¡Vacaciones! Mirar el fondo arenoso del agua, tumbado en una barca verde o naranja... Dormir la siesta a la sombra de un pino escuchando zumbar las moscas gordas...

¡Pero sobre todo no preocuparse por un hombre al que no se conoce, porque ha recibido una cuchillada en la espalda!

Ni por esas mujeres que Maigret desconocía ayer mismo y cuyas caras le acosan como si hubiese sido él quien se acostase con ellas.

Sucio oficio. El aire olía a alquitrán fundido. Boutigues había colocado otro clavel en la solapa de su traje claro.

¿William Brown? Ya está enterrado. ¿Qué más quiere? ¿Qué hace Maigret allí? ¿Acaso es él quien ha tenido uno de los yates más grandes de Europa? ¿Quién está acoquinado por las dos Martini, la vieja de la cara emplastada y la joven de formas calipígicas? ¿Era él quien se sumergía en la pereza crapulosa del «Liberty Bar»?

Unas bocanadas tibias acarician las mejillas... La gente que pasa está de vacaciones... ¡Todo el mundo está de vacaciones, aquí! ¡La vida tiene aire de vacaciones!...

Y Boutigues que no puede estarse callado y murmura:

—En el fondo me alegra que no me hayan cargado la responsabilidad de...

Entonces Maigret deja de mirar el mundo a través de sus pestañas. Vuelve hacia su compañero un rostro congestionado por el calor y la modorra. Sus pupilas están turbias, pero al cabo de unos segundos recobran su nitidez.

—Es cierto —dijo levantándose—. ¡Camarero! ¿Cuánto es?

—Déjelo.

—De ningún modo.

Arroja unas monedas sobre la mesa.

Sí, es una hora de la cual se acordará, porque, francamente, ha estado tentado de no hacer nada, de dejar pasar las cosas como los demás, tomándolas como vienen.

¡Y el tiempo está radiante!

—¿Se marcha?... ¿Tiene alguna idea en la cabeza?

No. Su cabeza está demasiado llena de sol, de debilidad. No tiene ni la más remota idea. Y, como no quiere mentir, repite:

—William Brown ha sido asesinado.

Y para sí mismo, piensa:

«P... cosa les importa...». ¡Pardiez! A todos los que se calientan al sol como lagartos y que esta misma noche irán a la Gala de la lluvia de oro.

—Voy a trabajar —dijo.

Estrecha la mano de Boutigues y se aleja. Se detiene para dejar pasar un coche de trescientos mil francos conducido por una muchacha de dieciocho años que frunce las cejas mirando hacia delante.

—Brown ha sido asesinado —continúa repitiéndose.

Empieza a no despreciar el Midi. Le da la espalda al «Café Glacier». Y para no caer de nuevo en la tentación se dice como al dictado:

—Descubrir el empleo del tiempo de Brown, el miércoles de dos a cinco de la tarde...

¡Entonces hay que ir a Cannes! ¡Y coger el autobús!

Aguarda, con las manos en los bolsillos, la pipa entre los dientes y enfurruñado, bajo el sol.

Capítulo seis

El compañero molesto

Durante horas, Maigret se dedicó en Cannes a efectuar un tipo de trabajo que normalmente suele encargarse a los inspectores. Pero tenía necesidad de moverse, de darse la ilusión de trabajo.

En la policía de costumbres se conocía a Sylvia, y figuraba en sus archivos.

—Nunca he tenido problemas con ella —dijo el policía que se ocupaba de su barrio—. Es tranquila y pasa el reconocimiento con regularidad...

—¿Y el «Liberty Bar»?

—¿Le han dicho algo? Es un bar extraño, que nos ha intrigado desde hace tiempo y que continúa intrigando a mucha gente. Incluso recibimos todos los meses una carta anónima a costa suya. Al principio sospechamos que Jaja se dedicaba al tráfico de estupefacientes. La pusimos bajo vigilancia. Puedo asegurarle que eso no es cierto... Por otra parte se ha insinuado que la trastienda sirve de punto de reunión para gente de costumbres especiales...

—Eso es falso —dijo Maigret.

—Sí... Es mucho más divertido que todo eso... Mamá Jaja se atrae tíos viejos que ya no tienen necesidad de nada, salvo de emborracharse en su compañía. Por otra parte, tiene una pequeña renta porque su marido murió en accidente...

—Ya sé.

En otro despacho, Maigret se informó sobre José.

—Le tenemos echado el ojo porque es un habitual de las carreras, pero no hemos encontrado nunca nada contra él.

Resultados nulos en toda la línea. Con las manos en los bolsillos, Maigret se puso a recorrer la ciudad, con un aire de obstinación que evidenciaba su malhumor.

Empezó por visitar los hoteles de categoría y se hizo mostrar el libro de llegadas. Comió cuando pudo en un restaurante cercano a la estación y hacia las tres ya sabía que Harry Brown no había dormido en Cannes ni la noche del martes al miércoles, ni la del miércoles al jueves.

Era irrisorio. Moverse por el gusto de moverse.

—El hijo de Brown pudo haber venido de Marsella en coche y marcharse el mismo día...

Maigret volvió a la policía de costumbres donde cogió la fotografía de Sylvia que había en el archivo. Tenía ya en el bolsillo la de William Brown, que había cogido de la villa.

Se sumergió en una nueva atmósfera: la de los pequeños hoteles, sobre todo en los que rodean el puerto, donde se pueden alquilar habitaciones para una noche e incluso por una hora.

Los conserjes adivinaban al instante que se trataba de un policía. Son la gente que más la temen.

—Aguarde, voy a preguntar a la criada...

Y a cada bajada de una escalera tenebrosa, el comisario descubría antros increíbles.

—¿Este gordo? No, no recuerdo haberlo visto por aquí...

Primero Maigret mostraba la fotografía de William Brown. Después la de Sylvia.

Se la conocía en casi todos los sitios.

—Ella sí ha venido... pero hace tiempo...

—¿Por la noche?

—¡Oh, no! Cuando vienen es sólo «por un momento»...

«Hotel Bellevue»... «Hotel du Port»... «Hotel Bristol»... «Hotel d’Auvergne»...

Y todavía quedaban, la mayoría en callejuelas, tan discretos que sólo se anunciaban con una plaquita de mármol a ambos lados de un corredor: «Agua

corriente. Precios económicos»...

Y al salir podía ver algunos veleros de carreras de seis metros, serie internacional sacados a tierra.

Los marineros los desbrozaban con cuidado, mientras aquí y allá se detenían grupos de curiosos.

—¡Nada de historias! —le habían dicho en París.

¡Pues bien, si esto continuaba, estaba listo! No habría historias, por la sencilla razón de que Maigret no iba a encontrar ninguna.

Fumaba pipa tras pipa, llenando una sin aguardar que la anterior estuviese apagada, ya que llevaba siempre varias en los bolsillos.

Y se enfadaba porque una mujer se empeñaba en venderle mariscos o porque un niño que corría con los pies desnudos se le echaba encima y luego le miraba echándose a reír.

—¿Conoce a este hombre?

Mostró la fotografía por veinteava vez.

—Nunca ha venido aquí.

—¿Y esta mujer?

—¿Sylvia? Está arriba...

—¿Sola?

El hotelero se encogió de hombros y gritó hacia las escaleras:

—¡Alberto!... ¡Baja un momento!...

Era un criado grasiento, que miró de través al comisario.

—¿Sigue Sylvia allá arriba?

—En el 7...

—¿Han pedido bebida?

—Nada.

—Entonces no tienen para mucho —dijo el hotelero a Maigret—. Si quiere hablar con ella, no tiene más que esperar...

Aquello se llamaba el «Hotel Beauséjour» y estaba en una calle paralela al puerto, justo enfrente de una panadería.

¿Maigret tenía necesidad de ver a Sylvia? ¿Se le ocurría alguna pregunta que hacerle?

Ni él mismo lo sabía. Estaba cansado. Toda su actitud tenía algo de amenazador, como si estuviese a punto de terminar.

No podía esperar delante del hotel, porque la panadera de enfrente le observaba a través del escaparate con ironía.

¿Sylvia tenía tantos amantes que ya alguno había tenido que esperar su turno allá abajo? Debía ser eso. ¡Y Maigret estaba furioso por haber sido tomado por un cliente de la muchacha!

Volvió hasta la esquina de la calle, con la idea de rodear toda la manzana para hacer tiempo. Cuando llegó al muelle, se volvió hacia un taxi estacionado junto a la acera, cuyo chófer paseaba con calma.

No pudo precisar en el primer momento lo que le chocó. Tuvo que volverse dos veces. No era el coche sino el hombre, quien le recordaba algo, y, de repente, su imagen se asoció a los recuerdos del entierro de por la mañana.

—Usted es de Antibes, ¿verdad?

—De Jean-les-Pins.

—Usted mismo acompañó esta mañana el cortejo hasta el cementerio...

—Sí. ¿Por qué?

—¿Ha traído usted aquí al mismo cliente?

El taxista miraba a su interlocutor de pies a cabeza, sin saber muy bien lo que debía responder.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Policía... ¿Y bien?

—Es el mismo. Desde ayer a mediodía, me ha tomado para todo el día.

—¿Dónde está en este momento?

—No sé... Se marchó hacia allí.

Y el chófer, mientras mostraba una calle, preguntó con abierta inquietud:

—Dígame. ¿No irá a arrestarlo antes de que me pague?

Maigret olvidó incluso fumar. Estuvo un buen rato inmóvil, mirando el capot pasado de moda del taxi; y de repente, sacudido por la idea de que la pareja quizás hubiese abandonado el hotel, se precipitó hacia el «Beauséjour».

La panadera al verlo llegar llamó a su marido que estaba al fondo del local y asomó por el cristal su rostro enharinado.

Tanto peor. Ahora, a Maigret le importaba un pito.

—Habitación 7.

Mirando la fachada, Maigret trataba de adivinar cuál de aquellas ventanas de persianas cerradas correspondía a la 7. No se atrevía todavía a regocijarse.

Y sin embargo... ¡No!... aquello no era una coincidencia... Por el contrario, era la primera vez que dos elementos de este asunto se encadenaban...

¡Sylvia y Harry Brown se citaban en un tugurio del puerto!

Tuvo tiempo de recorrer veinte veces la distancia entre el muelle y el hotel. Veinte veces vio el taxi en el mismo sitio. En cuanto al chófer, había venido a apostarse a la esquina, para vigilar por sí mismo a su cliente...

Al fin, la puerta de cristales del corredor se abrió.

Sylvia, que caminaba de prisa, desembocó en la calle, y tuvo que esquivar al inspector.

Ella se detuvo. Nunca la había visto tan pálida. Y cuando abrió la boca, no salió ningún sonido.

—¿Su compañero está vistiéndose?

Torcía la cabeza en todos los sentidos como una veleta. Su mano dejó caer el bolso, que Maigret recogió. Ella se lo arrebató, como si hubiera temido por encima de todo que lo abriese.

—Un momento.

—Perdone... Me esperan... Caminemos, ¿quiere?

—Precisamente, no quiero moverme... Sobre todo en esa dirección...

Estaba más conmovedora que bonita, a causa de los ojos que se le comían la cara. Se la notaba presa de un nerviosismo doloroso, de una angustia que le cortaba la respiración.

—¿Qué quiere usted de mí?

¿No estaba a punto de huir echándose a correr? Para impedirlo, Maigret la tomó de la mano con un gesto que, para los panaderos de enfrente, podía pasar como de afecto.

—¿Harry sigue allí?

—No entiendo...

—Bueno, vamos a esperarle juntos... Cuidado, pequeña... Nada de estupideces... Deja el bolso tranquilo...

Porque Maigret había vuelto a cogerlo. A través de la tela, creyó reconocer el bulto de un rollo de billetes de banco.

—Nada de escándalos... Hay gente que nos mira...

¡Y transeúntes! Debía pensar que Maigret y Sylvia discutían una simple cuestión de tarifa.

—Se lo ruego...

—¡No!

Y más bajo:

—¡Si no se queda tranquila, le pongo las esposas!

Le miraba con las pupilas todavía desorbitadas por el susto. Después, desconsolada o entregada, abatió la cabeza.

—Parece que Harry no tiene prisa en bajar...

Ella no dijo nada, ni trató de negarlo o desengañarlo.

—¿Le conocía de antes?

Estaban a pleno sol. Sylvia tenía el rostro húmedo.

Parecía buscar desesperadamente una solución que no terminaba de encontrar.

—Escuche...

—La escucho.

Pero no. Ella cambió de opinión. Se mordía cruelmente los labios.

—¿Te espera José en alguna parte?

—¿José?

Era el desconcierto, el pánico.

Ya se escuchaban pasos en la escalera del hotel. Sylvia temblaba y no se atrevía a mirar hacia el corredor hundido en la sombra.

Los pasos se aproximaban, sonaban en las losas. La puerta se abrió y cerró, y se produjo una brusca parada.

¡Harry Brown, al que no se distinguía en la oscuridad del corredor, había visto a la pareja! Apenas dudó unos segundos. Se puso de nuevo en marcha. Pagó la cuenta. Sin una duda, tieso, pasó dirigiendo un ligero saludo a Maigret.

Este seguía reteniendo a Sylvia por la inerte muñeca. Para pescar a Brown, del que ya no se veía más que su espalda, debía soltar a Sylvia...

¡Una escena ridícula, para ser representada ante el escaparate de una panadería!

—Venga conmigo —le dijo a su pareja.

—¿Estoy detenida?

—No se preocupe por eso...

Tenía que telefonar en seguida. No quería dejar a ningún precio que Sylvia quedase sola. Había cafés en los alrededores. Entró en uno de ellos y arrastró a la joven hasta la cabina.

Poco después tenía a Boutigues al extremo del hilo.

—Corra al «Hotel Provençal». Pídale amable pero firmemente a Harry Brown, que no se marche de Antibes antes de mi llegada. Si es preciso, impídale salir...

Y Sylvia escuchaba, desalentada. Se había quedado sin fuerza, ya no quedaba nada de rebeldía.

—¿Qué quiere beber? —le preguntó cuando volvió a la mesa.

—Me es igual.

No le quitaba ojo al bolso. El camarero les observaba, presintiendo que ocurría algo anormal. Y como una niña de las que iban de mesa en mesa viniera a ofrecerle un ramillete de flores, Maigret lo tomó, se lo tendió a su compañera y rebuscó por los bolsillos con aire contrariado. Y, en el momento que menos lo esperaba, cogió el bolso.

—¿Me permite?... No tengo suelto...

Lo hizo tan rápido y de una forma tan natural, que ella no tuvo tiempo de protestar. Apenas una ligera crispación de la punta de los dedos en el borde del bolso.

La niña aguardaba pacientemente eligiendo otro ramillete de su cesta. Maigret, bajo un grueso rollo de billetes de mil francos buscaba monedas sueltas.

—Y ahora, vámonos... —dijo levantándose.

También estaba nervioso. Tenía ganas de estar lejos, de no sentir más las miradas curiosas clavadas en él.

—¿Y si fuésemos a decir buenas tardes a nuestra querida mamá Jaja?

Sylvia le siguió con docilidad. Estaba aplanada. Pero no se distinguían nada de las demás parejas que pasaban, salvo que era Maigret quien llevaba cuidadosamente el bolso de su compañera.

* * *

—Pase usted primero.

Ella entró en el bar bajando una escalera y se dirigió hacia la puerta encristalada del fondo. Podía verse a través del visillo la espalda de un hombre que se levantó vivamente al oír entrar la pareja.

Era Yan, el camarero sueco, que se puso rojo hasta las orejas al reconocer a Maigret.

—¿Otra vez usted?... Bueno, amigo mío, me haría un favor si se marchara a dar un paseo...

Jaja no entendía, pero la cara de Sylvia le demostraba claramente que algo anormal ocurría. Y ella no preguntó nada, aguardando la salida del marino.

—¿Vendrás mañana, Yan?

—No lo sé...

Con la gorra en la mano, no sabía cómo marcharse, desconcertado por la espesa mirada del comisario.

—Sí... Ya va... Hasta la vista... —le dijo éste con impaciencia, abriendo y cerrando las puertas al paso del marino.

Dio media vuelta a la llave, con gesto brusco. Y le dijo a Sylvia:

—Puedes quitarte el sombrero...

Jaja aventuró con voz tímida:

—Ustedes se han encontrado...

—¡Precisamente! Nos hemos encontrado.

Ni siquiera se atrevió a ofrecer bebida, tal era la tormenta que se presagiaba. Por hacer algo, recogió un periódico que había bajo una mesa, lo plegó y fue a vigilar algo en el fogón.

Maigret llenó una pipa, con suavidad. Se acercó a su vez al fogón y enrollando un trozo de periódico lo encendió en el fuego.

Sylvia seguía de pie, cerca de la mesa. Se había quitado el sombrero y lo puso sobre la mesa, delante suyo.

Entonces Maigret se sentó, abrió el bolso y se puso a contar billetes de banco, que fue alineando por entre los vasos sucios.

—Dieciocho, diecinueve... veinte... ¡Veinte mil francos!

Jaja se volvió de una sola pieza y miró los billetes con estupefacción. Luego miró a Sylvia y después al comisario. Hacía un violento esfuerzo por comprender.

—¿Qué es eso?

—¡Oh, nada extraordinario! —murmuró Maigret—. Sylvia ha pescado un amante más generoso que los demás, eso es todo. ¿Y sabe usted cómo se llama? Harry Brown...

Se había instalado como en su casa, con los codos sobre la mesa, la pipa en los dientes, el sombrero hongo echado hacia la nuca.

—Veinte mil francos, por un «momentito», como dicen en el «Hotel Beauséjour»...

Jaja se secaba las manos en el delantal, turbada. No se atrevía a decir nada. Estaba estupefacta.

Y Sylvia, exangüe, los rasgos tirantes, no miraba a nadie, no miraba más que el vacío delante suyo, aguardando los peores golpes del destino.

—Puedes sentarte —le dijo Maigret.

Obedeció maquinalmente.

—Tú también, Jaja... Espera... Trae primero unos vasos...

Sylvia estaba justo en el mismo sitio que la víspera, cuando comía con la bata entreabierta y los senos desnudos a pocos centímetros de su plato.

Jaja puso una botella y vasos sobre la mesa y se sentó en el borde de su asiento.

—Y ahora, hijas mías, espero...

La humareda de su pipa subía lentamente hacia el tragaluz que estaba azulado, porque el sol ya no le tocaba. Jaja miraba a Sylvia...

Y ésta seguía sin mirar a nadie, sin decir nada, ausente o atontada.

—Aguardo...

¡Hubiera podido decirlo cien veces y esperar cien años! Jaja suspiró al tiempo que hundía el mentón en el pecho.

—¡Dios mío!... Si me esperase a mí...

En cuanto a Maigret, apenas podía contenerse. Se levantó. Caminó arriba y abajo, mientras refunfuñaba:

—Será preciso...

Aquella estatua le ponía rabioso. Una, dos, tres veces pasó junto a Sylvia, que proseguía como helada.

—Tengo tiempo... pero...

A la cuarta vez, no pudo más. Fue algo maquinal. Su mano cogió el hombro de la muchacha y no cayó en la cuenta de la fuerza del apretón.

Ella levantó el brazo y lo puso ante la cara, como una niña que teme ser abofeteada.

—¿Y bien?

Ella se rindió al dolor. Pegó un grito, al tiempo que estallaba en sollozos:

—¡Bruto!... ¡Sucio bruto!... No diré nada... ¡nada!... ¡nada!...

Jaja estaba enferma. Maigret, con el ceño fruncido se dejó caer en su silla. Sylvia continuaba llorando, sin ocultar la cara, sin enjugarse los ojos, llorando de rabia más que de dolor.

—... ¡Nada!... —escupió ella maquinalmente, entre dos sollozos.

La puerta del bar se abrió, lo cual no ocurría dos veces cada día; un cliente se acodó al mostrador de cinc y se puso a manejar la manivela de la máquina tragaperras.

Capítulo siete

La consigna

Maigret se levantó con impaciencia y, por evitar alguna maniobra de las dos mujeres —el cliente podía ser, por ejemplo, un emisario de José— prefirió ir en persona al bar.

—¿Qué desea usted?

El otro quedó tan desamparado, que a pesar de su mal humor, Maigret estuvo a punto de estallar en carcajadas. Era un pobre hombre descolorido, entre dos edades y de pelo gris, que debía haber llegado hasta allí pegado a las paredes mientras se entregaba a unos sueños de erotismo desmelenado.

¡Y era Maigret quien le salía, enfurruñado, tras el mostrador!

—Un *bock*... —balbuceó dejando la manivela de la máquina tragaperras.

Tras los visillos, el comisario veía a las mujeres acercándose una a otra. Jaja preguntaba. Sylvia respondía débilmente.

—No hay cerveza.

¡Al menos Maigret no la veía al alcance de la mano!

—Entonces, lo que usted quiera... Un oportó...

Le sirvió un líquido cualquiera, en el primer vaso encontrado y apenas mojó los labios.

—¿Cuánto es?

—Dos francos.

Maigret miraba la calle todavía llena de sol, en el pequeño bar de enfrente donde se adivinaban siluetas que se movían y la trastienda en la cual Jaja volvía a ocupar su sitio.

El cliente se marchó preguntándose en qué casa había ido a caer y Maigret regresó a la segunda habitación y recobró su silla, sentándose a caballo.

La actitud de Jaja había cambiado un poco. Antes, estaba sobre todo inquieta y se veía que no sabía qué hacer. Ahora su inquietud era precisa. Reflexionaba mirando a Sylvia con una mezcla de piedad y rabia. Parecía decir: «¡Qué desgracia haber caído en una habitación así! ¡Y no va a ser sencillo salir de ella!». Se aventuró en voz alta:

—Usted sabe, señor comisario... los hombres son tan raros...

Le faltaba convicción y ella lo sabía. Sylvia también, y se encogió de hombros.

—Él la vio esta mañana en el entierro y habrá tenido necesidad... Es tan rico...

Maigret encendió una nueva pipa, suspiró y dejó errar su mirada hacia el tragaluz.

La atmósfera era lúgubre. Jaja se había decidido por el silencio, temerosa de estropear más las cosas. Sylvia no lloraba, no se movía, aguardando no se sabe qué.

Sólo el pequeño despertador continuaba su vida laboriosa, haciendo marchar por el cuadrante descolorido las agujas negras que parecían demasiado pesadas para él.

—Tic tac, tic tac, tic tac...

A ratos, era un pequeño escándalo. Un gato blanco, en el patio, vino a sentarse justo delante del respiradero.

—Tic tac, tic tac, tic tac...

Jaja, que no estaba hecha para el drama, se levantó y fue a buscar una botella de alcohol en el armario. Como si no ocurriera nada, llenó tres vasos y colocó uno ante Maigret y otro ante Sylvia, pero sin decir una palabra.

¡Aquello duró una hora y media! Una hora y media en silencio, salvo los suspiros de mamá Jaja cuyos ojos se abrillantaban...

De vez en cuando unos chavales jugaban en la callejuela. Otras, se escuchaba la campanilla obstinada de un tranvía lejano. La puerta del bar se abrió. Un árabe metió la cabeza por la abertura y gritó:

—¿Cacahuetes?

Aguardó un momento y al no escuchar contestación, cerró la puerta y se marchó.

Eran las seis cuando la puerta se abrió de nuevo, y esta vez hubo en la trastienda una especie de vibración que indicó la llegada del acontecimiento esperado. Jaja iba a levantarse, pero una mirada de Maigret la clavó en el sitio. Sylvia, para resaltar su indiferencia, volvió la cabeza.

La segunda puerta se abrió. Entró José y sólo entonces vio la espalda de Maigret, la mesa, los vasos, la botella, el bolso de mano abierto y los billetes.

El comisario se dio la vuelta lentamente y el recién llegado, inmóvil, se limitó a mascullar:

—Mierda.

—Cierre la puerta... siéntese...

El camarero cerró la puerta, pero no tomó asiento. Tenía las cejas fruncidas y aire contrariado, pero no perdió su sangre fría. Por el contrario. La recobró. Se acercó a Jaja y la besó en la frente.

—Hola.

Hizo otro tanto con Sylvia, que no levantó la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Desde ese preciso momento, Maigret comprendió que la suerte no estaba de su lado. Pero como siempre, en casos parecidos, se empeñó en proseguir, aun a sabiendas que se estrellaba desde el principio.

—¿De dónde viene usted?

—Adivínelo.

Y sacó una cartera de su bolsillo y buscó un pequeño carnet que le tendió a Maigret. Era un carnet de identidad del modelo que se da a los extranjeros residentes en Francia.

—Lo tenía caducado... He ido a la policía a renovarlo...

El carnet llevaba la fecha de nacimiento y el nombre: «José Ambrosini, nacido en Milán, de profesión empleado de hotel».

—¿Ha estado usted con Harry Brown?

—¿Yo?

—¿No estuvo con él la primera vez el martes o el miércoles pasado?

José le miraba sonriente, como diciendo:

—¿Pero, qué me cuenta usted?

—Dígame, Ambrosini. Supongo que reconoce ser el amante de Sylvia...

—Depende de lo que usted entienda por eso... Lo que me faltaba, Dios mío...

—No, no. Usted es eso que se llama, por eufemismo, su protector...

¡Pobre Jaja! En su vida había sido tan desgraciada. El alcohol que llevaba bebido debía deformarle su visión de las cosas. De vez en cuando abría la puerta para intervenir conciliadora y se le veía con ganas de decir:

—Venga, hijos míos. Poneos de acuerdo. ¿De verdad merece la pena tomarse todas esas molestias? Charlemos todos juntos y...

En cuanto a José era evidente que no estaba en su primer *match* con la policía. Estaba en guardia. Su sangre fría era perfecta, sin ostentación.

—Sus informes son falsos...

—¿Aún ignora lo que significan estos veinte mil francos?...

—Me imagino que Sylvia los ha ganado... Es una muchacha bastante bonita...

—¡Basta!

Estaba en pie otra vez. Y recorría la pequeña estancia. Sylvia se miraba los pies. José no bajaba sus ojos.

—Tomarás un vaso —dijo Jaja, para quien era un momento propicio para volver a beber...

Maigret dudaba. Se detuvo un largo rato ante el despertador que marcaba las seis y cuarto. Cuando se volvió dijo:

—Está bien, síganme los dos... Quedan detenidos...

Ambrosini ni siquiera se estremeció lo más mínimo, contentándose con decir con una pizca de ironía:

—Como usted guste.

El comisario guardó los veinte mil francos en su bolsillo y tendió a Sylvia su sombrero y su bolso.

—¿Les pongo las esposas o me dan su palabra de...?

—No rehusaremos su compañía, hombre...

Jaja sollozaba en brazos de Sylvia. Ésta trataba de desembarazarse del abrazo. Fue de lo más laborioso conseguir que la vieja no acompañase al grupo hasta la calle.

Los faroles se encendían. Otra vez la hora lánguida. Pasaron cerca de la calle del «Hotel Beauséjour». Pero José no lanzó ni un vistazo en esa dirección.

En la policía, el turno de día se marchaba. La secretaria trataba de hacer firmar las fichas al comisario.

—Enciérreme a estos personajes por separado... Vendré probablemente a verlos mañana...

Sylvia se había sentado en un banco al fondo del despacho. José se liaba un cigarrillo, pero un agente se lo arrebató de las manos.

Y Maigret, que se marchaba sin decir nada, se volvió por última vez hacia Sylvia, pero como ésta no le miraba, se encogió de hombros y masculló:

—Peor para ella.

* * *

Hundido en un asiento del autobús, ni siquiera se fijó en que éste se encontraba atestado y que una señora mayor estaba en pie, a su lado. Vuelto hacia el cristal, siguiendo los faros de los coches con la mirada, fumaba rabiosamente y la señora tuvo que apartarse y murmurar:

—Perdón, caballero...

Pareció salir de un sueño. Se levantó precipitadamente, no supo dónde tirar sus cenizas ardientes y dio un espectáculo de confusión tal, que una pareja detrás suyo, soltó la carcajada.

A las siete y media empujaba la puerta giratoria del «Provençal», encontrando al inspector Boutigues instalado en un sillón del vestíbulo y charlando con el gerente.

—¿Y bien?

—Está arriba —contestó Boutigues que parecía confuso.

—Le ha dicho...

—Sí... no se ha extrañado... Esperaba sus protestas...

El gerente aguardaba el momento de hacer una pregunta, pero cuando abrió la boca, Maigret se precipitó hacia el ascensor.

—¿Le aguardo? —gritó Boutigues.

—Si quiere...

Conocía muy bien el estado de espíritu en que se encontraba, después de dos o tres horas. Estaba rabioso, como él mismo se ponía en estos casos. Lo cual no le impedía aprovechar...

La sensación confusa de meter la pata... Tenía esa sensación desde su encuentro con Sylvia a la puerta del hotel...

¡Y, sin embargo, algo le obligaba a seguir adelante!

Peor todavía. Se sumergía tanto más fogosamente cuanto más quería persuadirse a sí mismo de que tenía razón.

El ascensor subía con un siseo de acero bien engrasado. Maigret se repetía la consigna recibida:

—Sobre todo, ¡nada de historias!

Por eso estaba él en Antibes. ¡Para evitar las historias, el escándalo!

En otra ocasión hubiese entrado en el departamento de Brown sin la pipa. La encendió expresamente. Llamó: Y entró. Y se encontró exactamente en la misma atmósfera que la víspera: Brown, que iba y venía impecable dando órdenes a su secretaria, respondiendo al teléfono y terminando de dictar un cable con destino a Sydney.

—¿Me perdona un momento?

Ni rastro de ansiedad. ¡Aquel hombre se encontraba a gusto en todas las situaciones de la vida! ¿Acaso había cometido una equivocación por la mañana mientras presidía el duelo por su padre en aquellas condiciones tan extrañas? ¿Le había sorprendido la presencia de las cuatro mujeres?

Y a mediodía, al salir de un hotel de mala nota no se había turbado. No había tenido ni un segundo de duda.

Continuaba dictando. Al mismo tiempo que depositaba una caja de cigarros en la mesita que había junto a Maigret, apretó el timbre eléctrico.

—Llévese el teléfono a mi habitación, James.

Y al *mâitre* que se presentó:

—¡Un whisky!

¿Cuánto había de pose y cuánto de natural en su actitud?

«Cuestión de educación —pensó Maigret—. Ha debido ser educado en Oxford o Cambridge...».

¡Era un viejo odio de alumno de Stanislas! ¡Un odio mezclado de admiración!

—Llévese su máquina, señorita.

Pero no. Viéndola hecha un lío con sus blocs de notas y sus lápices, tomó él mismo la pesada máquina, la llevó al otro cuarto y cerró la puerta con llave.

Cuando el *maître* vino con el whisky, le hizo una seña en dirección a Maigret para que le sirviese también.

Cuando quedaron mano a mano, sacó su cartera y extrajo una hoja de papel timbrado, sobre la que echó una ojeada antes de tendérsela al comisario.

—Lea... ¿Habla inglés?

—Bastante mal.

—Éste es el papel que he comprado por veinte mil francos esta tarde en el «Hotel Beauséjour».

Se sentó.

—Debo explicarle, desde el principio, algunas cosas... ¿Conoce Australia?... Lástima... Mi padre, antes de su matrimonio, poseía una gran hacienda... Tan grande como una provincia francesa... Tras su matrimonio, se convirtió en el mayor criador de corderos australianos, porque mi madre aportó como dote una hacienda casi tan importante...

Harry Brown hablaba lentamente, ingeniándose las para evitar las palabras inútiles y ser claro.

—¿Es usted protestante? —preguntó Maigret.

—Toda la familia. Y la de mi madre también.

Iba a continuar, pero Maigret le interrumpió:

—Su padre no estudió en Europa, ¿verdad?

—No. Todavía no estaba de moda. Vino únicamente después de su matrimonio... Cinco años después, cuando ya tenía tres hijos...

Tanto peor para Maigret si se equivocaba. Él acumulaba en su espíritu todas esas imágenes. Reconstruyó, a grandes trazos, una mansión inmensa, pero severa, en medio de las tierras. Y gente grave como pastores presbiterianos.

William Brown, que heredaba de su padre, se casaba, hacía algunos hijos y no se ocupaba más que de sus asuntos...

—Un día tuvo que venir a Europa a causa de un juicio...

—¿Él solo?

—Vino completamente solo.

¡Era tan simple! París, Londres, Berlín. ¡La Costa Azul! Y Brown, que descubriría ser, en aquel mundo brillante y lleno de seducciones, algo así como un rey.

—Y ya no volvió allá abajo —suspiró Maigret.

—No. Quiso...

El proceso se alarga. La gente con la cual el criador de corderos tiene relación le lleva a sitios donde se divierte. Entra en contacto con mujeres.

—Durante dos años estuvo retardando sin cesar su regreso...

—¿Quién le reemplazaba allá abajo a la cabeza de sus negocios?

—Mi madre... y el hermano de mi madre... Se recibieron cartas de alguna persona de aquí...

Con aquello bastaba. Maigret estaba más que informado. Brown, que sólo había conocido sus tierras, sus corderos, sus vecinos y pastores, se corría una juerga desenfrenada, ofreciéndose todos los placeres insospechados hasta entonces...

Y dejaba su regreso para más tarde... Alargaba el proceso... Y terminado el proceso, encontraba nuevas excusas para quedarse...

Se compró un yate... Formaba parte de esa docena de personas que pueden comprárselo todo, permitirse cualquier cosa...

—Su madre y su tío consiguieron ponerle un pleito...

¡En las antípodas se defendían! ¡Se conseguían juicios! Y un buen día Brown se despertaba en Niza o en Montecarlo poseyendo por toda fortuna una pensión alimenticia.

—Durante mucho tiempo, siguió contrayendo deudas, y nosotros pagamos —dijo Harry.

—Y después ustedes no han pagado más...

—Perdón... Yo he continuado pasándole una pensión de cinco mil francos al mes...

Maigret presentía que no estaba del todo claro. Sentía un vago malestar, que tradujo en una pregunta brusca:

—¿Qué vino usted a proponerle a su padre días antes de su muerte?

En vano espiaba a su interlocutor. Brown no se inmutó, contestando con su calma habitual:

—Después de todo tenía sus derechos, ¿no es cierto?... Desde hace quince años trataba de anular el mandato judicial... Hay un gran proceso, allá... Cinco abogados no trabajan más que en eso... Y mientras tanto, vivimos en un régimen transitorio que nos impide realizar grandes operaciones...

—Un momento... Por un lado su padre viviendo en Francia completamente solo y, sin embargo, representado en Australia por gente de ley que defiende sus intereses...

—Por gente que tiene una mala reputación...

—Evidentemente... Y en el otro campo, su madre, su tío, sus dos hermanos y también usted...

—Yes... Quiero decir, sí...

—¿Y cuánto ofrecía usted a su padre por desaparecer de una vez de la circulación?

—¡Un millón!

—O dicho de otra manera, él salía ganando, ya que usted le pasaba una pensión inferior a los intereses de esa suma bien invertida... ¿Por qué rehusó?

—¡Para hacernos rabiar!

Harry lo dijo graciosamente. Sin duda ignoraba que esa palabra resultaba un poco incongruente en sus labios.

—Era una idea fija... No quería dejarnos en paz...

—Así, pues, rehusó...

—¡Sí! Y me anunció que lo arreglaría de manera que incluso después de muerto continuasen los obstáculos...

—¿Qué obstáculos?

—¡El proceso! Allá nos está haciendo mucho daño...

¿Se necesitaban todavía más explicaciones? Bastaba con evocar el «Liberty Bar», Jaja, Sylvia medio desnuda, William trayendo provisiones... O la villa de las dos Martini, la joven y la vieja, y el coche en el que las conducía al mercado...

Y luego mirar a Harry Brown, que representaba al enemigo, el orden, la virtud, con sus cabellos bien peinados, su traje correcto, su sangre fría, su cortesía un poco distante, sus secretarias...

—¡Para hacernos rabiar!

La figura de William se hacía más humana. Durante mucho tiempo parecido a su hijo y a todos los de «allá abajo», rompió con la virtud, el orden, la educación...

Se había convertido en el enemigo que fue pura y simplemente tachado de la lista de familia...

¡Pero se obstinó, pardiez! ¡Sabía muy bien que no tenía nada que ganar! ¡Sabía que de ahora en adelante era el maldito!...

¿Acaso no era capaz de cualquier cosa para ello? Hacer rabiar a su mujer, a su cuñado, a sus hijos que le repudiaban... que continuaban ganando dinero, siempre ganando dinero...

—Con él muerto, ¿no es eso? —explicaba tranquilamente Harry—, el proceso se detenía, y todos los engorros, todas las historias escandalosas que tanto divierten a muchas personas de mala fe allá abajo...

—Por supuesto.

—Entonces redactó un testamento... No podía desheredar a su mujer y a sus hijos... Pero podía disponer de cierta parte de su fortuna... ¿Sabe usted a favor de quién lo hizo?... De cuatro mujeres...

Maigret estuvo a punto de estallar en carcajadas. En cualquier caso no pudo evitar una sonrisa imaginándose a las dos Martini, madre e hija, además de Jaja y Sylvia llegando a Australia para defender sus derechos...

—¿Ése es el testamento que usted tiene en la mano?

Era largo, redactado con todas las de la ley, ante notario...

—A esto se refería mi padre cuando decía que, incluso después de muerto, los obstáculos continuarían...

—¿Usted conoce los términos?

—Esta mañana todavía no sabía nada... Cuando volví al «Provençal» tras el entierro, un hombre me aguardaba...

—¿Un tal José?

—Una especie de camarero... Me enseñó una copia... Me dijo que si deseaba el original, no tenía más que ir a un hotel de Cannes, llevando veinte

mil francos... Este tipo de personas no suelen mentir...

Maigret adoptó una actitud seria.

—De manera que usted estaba dispuesto a destruir un testamento. Incluso hay un principio de ejecución...

Brown no pareció más turbado que en situaciones precedentes.

—Sé lo que hago —dijo con calma—. Y sé lo que son esas mujeres...

Se levantó mirando el vaso lleno de Maigret.

—¿No bebe?

—Gracias.

—Cualquier tribunal comprenderá que...

—Que el grupo de «allá abajo» debe ganar...

¿Qué había impulsado a Maigret a decir aquello? ¿El vértigo de la equivocación?

Harry no respondió y dijo mientras se dirigía hacia el cuarto vecino donde proseguía el tecleo de la máquina de escribir:

—El documento no ha sido destruido... Se lo encomiendo... Seguiré aquí hasta que...

La puerta estaba abierta y el secretario anunció:

—Es Londres quien...

Llevaba el teléfono en la mano y Brown se lo cogió y se puso a hablar inglés con soltura.

Maigret aprovechó para marcharse con el testamento. Apretó en vano el botón de llamada del ascensor y terminó por bajar por las escaleras, repitiéndose:

—¡Sobre todo, nada de historias!

Abajo, el inspector Boutigues tomaba oporto en compañía del gerente. En vasos grandes de cristal tallado. ¡Y con la botella al alcance de la mano!

Capítulo ocho

Las cuatro herederas

Boutigues caminaba a saltitos junto a Maigret. Antes de recorrer una veintena de metros, el inspector le anunció:

—Acabo de hacer un descubrimiento... Este director, al que conozco desde hace mucho tiempo, se encarga también del «Hotel du Cap», en Cap Ferrat, que pertenece a la misma sociedad...

Salían del «Provençal». Ante ellos, el mar en la noche sólo era una mancha de tinta de la que no se elevaba ni un estremecimiento.

A la derecha, las luces de Cannes. A la izquierda, las de Niza. La mano de Boutigues señalaba en la oscuridad, más allá de esas luces.

—¿Conoce Cap Ferrat?... Entre Niza y Montecarlo...

Lo sabía. Ahora ya entendía poco más o menos la Costa Azul: un bulevar que empieza en Cannes y termina en Menton, un bulevar de sesenta kilómetros flanqueados de casas, algunos hoteles de lujo y casinos...

El famoso mar azul... La montaña... Y todos los placeres prometidos por los prospectos: naranjas, mimosas, sol, palmeras, pinos, tenis, golf, salones de té y bares americanos...

—¿Y el descubrimiento?

—¡Pues bien, Harry Brown tiene una querida en la Costa! El director lo ha visto muchas veces en Cap Ferrat, que es donde se encuentran... Una mujer de una treintena de años, viuda o divorciada, y parece ser que le ha puesto un piso...

¿Escuchaba Maigret? Miraba el paisaje con aspecto enfurruñado. Boutigues prosiguió:

—La visita una vez al mes... Es la comidilla del «Hotel du Cap» porque Brown hace un despliegue para ocultar su lío... Incluso vuelve por la escalera de servicio y hace ver que no ha salido en toda la noche...

—¡Qué divertido! —dijo Maigret con tan poca convicción que el inspector le miró con desconfianza.

—¿No va a hacerle vigilar?

—No... Sí...

—¿Visitará a la dama en cuestión en Cap Ferrat?

Maigret no sabía nada. No podía pensar en treinta y seis cosas al mismo tiempo, y de momento no pensaba en Harry Brown, sino en William. En la plaza Macé estrechó maquinalmente la mano de su compañero y saltó a un taxi.

—Siga la carretera de Cap Antibes... Ya le avisaré...

Y sepultado en el fondo del coche, se repitió:

—¡William Brown ha sido asesinado!

* * *

La pequeña verja, el camino de grava, la campanita, una bombilla eléctrica que se enciende en el porche, pasos en el vestíbulo, la mirilla entreabierta...

—¡Es usted! —suspiró Gina Martini al reconocer al comisario y abriendo la puerta para dejarlo entrar.

Se oía una voz masculina en el salón.

—Venga... le explicaré...

El hombre estaba de pie con un carnet en la mano y la vieja con medio cuerpo sepultado en un armario.

—Mr. Petitfils... Le pedimos que viniera por...

El señor Petitfils era delgado, de largos mostachos grises y ojos cansados.

—Es el director de la principal agencia de alquiler de villas... Le llamamos para pedirle consejo y...

El mismo olor a almizcle. Las dos mujeres se habían quitado los trajes de luto y llevaban batas caseras y chancletas.

Todo estaba desordenado. ¿La luz era más débil que de costumbre? Todo estaba como grisáceo. La vieja salió de su armario, saludó a Maigret y explicó:

—Desde que he visto a esas dos mujeres en el entierro, no estoy tranquila... Por eso me he dirigido al señor Petitfils y pedirle su consejo... Opina como yo, que es preciso hacer un inventario...

—¿Un inventario de qué...?

—De las cosas que nos pertenecen y de las que eran de William... Estamos trabajando desde las dos de la tarde...

¡Ya se veía! Había montones de ropa blanca sobre las mesas, objetos tirados por el suelo, libros amontonados y más ropa en las canastas...

Y el señor Petitfils tomaba notas, marcaba con una cruz los objetos descritos...

¿Qué había ido Maigret a hacer allí? Ya no era la casa de Brown. Imposible de encontrar su recuerdo. Se vaciaban los armarios y cajones, se amontonaban sus contenidos, se clasificaban...

—En cuanto a la sartén, es mía —dijo la vieja—. La tenía ya hace veinte años, en mi casa de Toulouse.

—¿Desea tomar algo, señor comisario? —preguntó Gina.

Había un vaso sucio: el del negociante. Mientras tomaba sus notas, se estaba fumando un cigarro de Brown.

—Gracias... Quería solamente decirles...

—¿Decirles, qué?

—... que espero echarle el guante al asesino... mañana...

—¿Tan pronto?

Pero no les interesaba. En cambio la vieja preguntó:

—Usted ha visto al hijo, ¿verdad? ¿Qué dice?... ¿Qué piensa hacer?... ¿Tiene la intención de venir a quitárnoslo todo?...

—No lo sé... no creo...

—¡Sería vergonzoso! ¡Una gente tan rica! Precisamente ellos son los que...

¡La vieja sufría verdaderamente! ¡La inquietud era una auténtica tortura para ella! ¡Miraba todos sus cachivaches con un miedo atroz de perderlos!

Maigret tenía la mano sobre su cartera. Le bastaba abrirla, sacar una hoja de papel, enseñárselas a las dos mujeres...

¿No iban a ponerse a bailar de alegría? ¿E incluso, una alegría tan fuerte no mataría a la madre?

¡Millones y millones! Ciertamente eran millones que todavía no podrían coger sino ir a buscarlos a Australia y ganarlos con un proceso.

Pero ellas irían. ¡Le parecía verlas desembarcar, bajar del transatlántico allá lejos, con sus aires dignos!

Ya no tendrían un señor Petitfils como representante, sino abogados, notarios, leguleyos...

—Les dejo trabajar... Vendré a verlas mañana...

Su taxi seguía a la puerta. Se instaló sin darle ninguna dirección al chófer, el cual quedó aguardando con la portezuela abierta...

—A Cannes... —dijo por fin Maigret.

¡Siempre le volvían a la cabeza los mismos pensamientos!

«Brown ha sido asesinado». «¡Nada de historias!». Maldito Brown. Si tuviera la herida en el pecho, podría pensarse que él mismo se la había producido, para hacer rabiar a todo el mundo. ¡Pero no se apuñala uno mismo por la espalda, diablos!

Pero no era eso lo que inquietaba a Maigret. El comisario tenía la sensación de conocerlo tan bien como si hubiera sido un amigo de toda la vida.

Al principio, el Brown de Australia... Un muchacho rico, bien educado, un poco tímido, que vive con sus padres, se casa cuando llega la edad con una persona conveniente, le hace unos niños...

Aquel Brown se parecía bastante al Brown hijo... Quizá de vez en cuando tenía malos pensamientos y turbios deseos, pero debía achacarlos a una baja forma pasajera y se tomaba una purga...

Y el mismo Brown, en Europa... Los diques cedieron de repente... No pudo contenerse más... Era enloquecedor, la cantidad de posibilidades que se abrían ante él...

Y se convertía en un habitual en ese bulevar que se extiende desde Cannes hasta Menton...

Yate en Cannes... Partidas de *baccarà* en Niza... ¡Todo!... Y una pereza inconmensurable ante la sola idea de volver «allá abajo»...

—El mes que viene...

¡Y al siguiente mes ocurría lo mismo!

Entonces se le cortan los víveres. El cuñado vigila. ¡El aglutinante clan de los Brown se defiende!

Era incapaz de dejar la muelle atmósfera de Cannes, su indulgencia, su vida fácil...

Nada de yates. Una villa pequeña...

En cuanto a mujeres también descendía unos grados hasta llegar a Gina Martini...

El hastío... la necesidad de desorden y apatía... Y como la villa de Cap Antibes era también demasiado burguesa...

Descubría el cubil de Jaja, Sylvia, el «Liberty Bar».

Entretanto continuaba el proceso «allá abajo» contra todos los Brown juntos para hacerlos rabiarse... Y se aseguraba con un testamento que seguirían rabiando después de su muerte...

Que tuviera razón o no era algo que no incumbía a Maigret. Pero Maigret no podía evitar la comparación entre padre e hijo, el Harry Brown correcto, dueño de sí mismo, que había sabido estar en su lugar a cada momento.

¡Harry odiaba el desorden! Pero Harry tenía al menos turbios deseos.

Instalaba una querida en Cap Ferrat... Una querida como debe ser... viuda o divorciada, discreta, conociendo la vida...

¡Ni siquiera en el hotel donde vivía debía saberse que había pasado la noche fuera!

Orden... desorden... orden... desorden...

Maigret era el árbitro, puesto que el testamento estaba en su bolsillo.

Y podía arrojar en cualquier momento cuatro mujeres a la lucha.

Había algo inaudito en la llegada «allá abajo» de las cuatro mujeres de William Brown. Jaja y sus pies doloridos, sus pantorrillas hinchadas, los senos desplomados... Sylvia, que en la intimidad sólo podía soportar una bata sobre su delgado cuerpo...

Y la vieja Martini y sus costras de maquillaje. La joven y su olor de almizcle, que ya era un olor *sui generis*...

Proseguían a lo largo del bulevar. Podían verse las luces de Cannes.

—¡Nada de historias!

El taxi se paró frente al «Ambassadeurs» y el chófer preguntó:

—¿Dónde quiere que le lleve?

—A ningún sitio. Aquí me va bien.

Maigret pagó. El Casino estaba iluminado. Algunos coches con chófer llegaban, ya que eran cerca de las nueve de la noche.

¡Doce casinos se encendían al mismo tiempo entre Cannes y Menton! Y aquellos centenares de automóviles de lujo...

Maigret llegó a pie hasta la callejuela y encontró cerrado el «Liberty Bar». Ni una luz. Sólo el reflejo de una lamparilla que a través de los cristales del escaparate lanzaba un turbio resplandor sobre el cinc y la máquina tragaperras.

Llamó. Quedó sorprendido por el ruido que hacían sus golpes en la callejuela. Al momento se abrió una puerta a sus espaldas: la del bar de enfrente. El camarero llamó a Maigret.

—¿Busca a Jaja?

—Sí.

—¿De parte de quién?

—Del comisario.

—En ese caso tengo un recado para usted... Jaja volverá dentro de unos minutos... Me ha rogado que le dijera a usted que esperase... Si desea entrar aquí...

—Gracias...

Prefería dar un paseo. En el bar de enfrente había algunos individuos de aspecto dudoso. Una ventana se abrió en alguna parte. Una mujer que había escuchado el ruido preguntó tímidamente:

—¿Eres tú, Jean?

—¡No!

Y Maigret, mientras recorría a grandes pasos la callejuela, se repetía:

—En primer lugar, hay que saber quién mató a William...

Las diez de la noche... Jaja no llegaba... Cada vez que escuchaba pasos... Maigret se estremecía, pensando que su espera había terminado... Pero no era ella...

Por todo horizonte, una callejuela de cien metros mal pavimentada, de dos metros de ancho; el escaparate iluminado de un bar; el otro bar sumergido en la oscuridad...

Y casas viejas de dudosa verticalidad con ventanas que ni siquiera eran rectangulares...

Maigret entró en el bar de enfrente.

—¿Le dijo dónde iba?

—No. ¿Quiere tomar algo?

¡Los parroquianos, que habían sido informados de quién era él, le miraban de pies a cabeza!

—Gracias...

Se llegó otra vez hasta la esquina que hacía de frontera entre aquel mundo vergonzoso y el de muelles bien iluminados y llenos de una vida normal.

Las diez y media... Las once... El café más cercano se llamaba «Harry's Bar». Desde él había telefonado Maigret al mediodía, acompañado de Sylvia. Entró y se dirigió hacia la cabina.

—Póngame con la permanente de la policía... ¡Oiga!... ¿Policía?... Aquí el comisario Maigret... ¿Han recibido alguna visita los dos pájaros que yo les he enviado?

—Si... Una mujer gorda...

—¿A cuál ha visto ella?

—Primero a la mujer... Luego al hombre... Nosotros no sabíamos... Usted no dejó órdenes...

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo?

—Una hora y media larga... Les ha traído cigarrillos y pasteles...

Maigret colgó con nerviosismo. Después, sin perder un segundo, pidió que le pusieran con el «Provenzal».

—Oiga... aquí la policía... Sí, el comisario que ustedes han visto hace un rato... ¿Puede usted decirme si Harry Brown ha recibido una visita?

—Hace un cuarto de hora... Una mujer... Bastante mal vestida...

—¿Dónde estaba él?

—Cenaba en el comedor... Hizo que la llevarán a su habitación...

—¿Se ha marchado ella?

—Bajaba en el momento de llamar usted.

—Muy gorda, ¿verdad? Muy vulgar.

—Eso es.

—¿Tenía un taxi esperando?

—No... Se marchó a pie...

Maigret colgó, fue a sentarse en el bar y pidió una «choucroute» y una cerveza.

—Jaja ha visto a Sylvia y José... Le han dado un recado para Harry... Ella viene en autobús, por tanto, tiene para una media hora larga...

Comió mientras le echaba un vistazo a un periódico que había sobre la mesa. Hablaba del suicidio de dos amantes en Bandol. El hombre estaba casado en Checoslovaquia.

—¿Desea otra col?

—Gracias. ¿Cuánto le debo?... Espere... Otra seminegra...

Cinco minutos más tarde se paseaba de nuevo por la callejuela, en las cercanías del escaparate apagado del «Liberty Bar».

El telón debía haberse levantado en el Casino. Noche de gala. Opera. Bailes. Cenar y bailar. Amor y *baccarà*...

¡Y a lo largo de sesenta kilómetros! Centenares de mujeres acechando a los hombres que cenan. Croupiers acechando jugadores. Y centenares de gigolós, bailadores y camareros acechando mujeres...

Y negociantes como el señor Petitfils, con su lista de villas por alquilar, acechando clientes de invierno...

De un extremo a otro, en Cannes, en Niza, en Montecarlo, extrañas casuchas, sombras que se deslizan a lo largo de las paredes, mujeres jóvenes y viejas, máquinas tragaperras y trastiendas...

La caza...

¡Jaja no llegaba! Diez veces Maigret se sobresaltó al escuchar pasos. Al final ya no se atrevía a pasar por el bar de enfrente, porque el camarero le miraba con ironía.

Mientras tanto había millares, docenas de millares de corderos que triscaban la hierba de los Brown, en las tierras de los Brown, vigilados por criados de los Brown... Docenas de millares de corderos que debían estar a punto de ser esquilados —en las antípodas deben estar en pleno verano— para llenar vagones de lana y barcos...

Y marinos, oficiales y capitanes...

Y en todos los barcos que salían hacia Europa, los oficiales verificando los termómetros (para asegurarse de que la temperatura es adecuada para el cargamento) y los corredores, en Amsterdam, en Londres, en Liverpool, en el Havre, discutiendo los precios...

Y Harry Brown en el «Provençal» recibe los cables de sus hermanos y telefona a sus agentes...

Mientras leyó el periódico Maigret había visto: «El comendador de los creyentes, jefe del Islam, ha casado a su hija con el príncipe...». Y añadía: «Grandes fiestas han tenido lugar en la India, en Persia, en Afganistán, en...». Y además: «Una gran comida se celebró en Niza, en el “Palais de la Méditerranée”, donde fueron vistos...». La hija del gran padre que se casaba en Niza... Una boda en el bulevar de sesenta y tantos kilómetros... Y allá abajo, ¡diablo!, centenares de miles de personas que...

¡Pero Jaja no terminaba de llegar! Maigret se conocía ya todas las baldosas y las fachadas de la callejuela. Una niña con trenzas hacía sus deberes cerca de la ventana de una casa.

¿Es que el autocar había tenido un accidente? ¿O acaso Jaja iba más lejos? ¿Estaría huyendo?

Tras los cristales del bar Maigret pudo ver, apoyando la frente, al gato que se lavaba las patas.

Seguían los recuerdos del periódico: «Se anuncia desde la Costa Azul que S. M. el rey de... ha llegado a su propiedad de Cap Ferrat acompañado de...».

»Se anuncia en Niza el arresto de M. Graphopoulos que fue detenido cuando —en una sala de *baccarà*— acababa de ganar quinientos y pico mil francos sirviéndose de un dado trucado...

Y después una frasecita:

«El subdirector de la policía de juegos está complicado...». ¡Pardiez! Si un William Brown caía en la tentación es que un pobre sujeto con dos mil francos al mes estaba obligado a ser un héroe.

Maigret estaba furioso. Ya había esperado suficiente. Sobre todo estaba aquel ambiente, que chocaba con su temperamento.

¿Por qué le habían mandado aquí con una consigna tan ridícula como: «¡Sobre todo, nada de historias!»?

¿Nada de historias?... ¿Y si le daba la gana de sacar un testamento, un verdadero e irrefutable testamento?... ¿O enviar a las cuatro mujeres «allá abajo»?

Pasos... Ni siquiera se volvió. Poco después una llave giraba en una cerradura, una voz enferma suspiraba:

—¿Está usted ahí?

Era Jaja. Una Jaja cansada, cuya mano temblaba sosteniendo la llave. Una Jaja con sus mejores ropas, un traje rojo y zapatos rojos sangre.

—Entre... Aguarde... Encenderé...

El gato ronroneaba frotándose contra sus piernas hidrópicas. Buscaba el conmutador.

—Cuando me acuerdo de esa pobre Sylvia...

Al fin encendió la luz. Ya se podía ver. El camarero de enfrente tenía su sucia cabeza pegada a los cristales.

—Entre, se lo ruego... Ya no puedo más... Todas estas emociones...

Abrió la puerta de la trastienda. Jaja se fue directa hacia el fuego que estaba medio encendido y cambió de sitio una cacerola.

—Siéntese, señor comisario... Justo el tiempo de cambiarme y estoy con usted...

Todavía no le había mirado de frente. De espaldas a Maigret, repetía:

—Esa pobre Sylvia...

Subió la escalera del entresuelo y continuó hablando mientras se vestía, en voz un poco más alta:

—Una buena chica... Si hubiera querido... Pero son ellas las que pagan por otros... Yo le avisé...

Maigret se había sentado en una mesa donde había restos de queso, de *foie-gras* y sardinas.

Escuchaba encima de su cabeza el ruido de los zapatos que Jaja se quitaba y de las zapatillas que se ponía.

Después la danza que ejecutaba mientras se quitaba las bragas sin sentarse.

Capítulo nueve

Charlas

—Con todas estas emociones y los pies que se me van a hinchar todavía más...

Jaja había cesado de ir y venir. Se había sentado. Y con las zapatillas quitadas, se pasaba las manos por los pies doloridos con gesto maquinal, mientras hablaba.

Hablaba fuerte porque creía a Maigret en el piso bajo y se quedó sorprendida al verlo en las escaleras.

—¿Está usted ahí?... Perdone el desorden... Con todas estas cosas que están ocurriendo...

Maigret hubiera tenido dificultad para explicar por qué había subido. Quizá porque mientras ella hablaba se le ocurrió que todavía no conocía el entresuelo.

Ahora se había detenido en el rellano de la escalera. Jaja continuaba acariciándose los pies y hablaba con una volubilidad creciente.

—¿Cree usted que he cenado?... Pues no, señor... Sólo de ver a Sylvia allá...

Se había puesto también su bata, pero encima de la ropa interior de un color rosa vivo. Una ropa interior muy corta, adornada con lentejuelas que contrastaban con su carne grasienta y demasiado blanca.

La cama no estaba hecha. Maigret pensó que si alguien le veía allí, le resultaría difícil convencerle de que sólo estaba para echar una parrafada.

Era una habitación vulgar, pero menos pobre de lo que cabía esperar. Una cama de caoba, muy burguesa.

Una mesa redonda. Una cómoda. En cambio, el lavabo estaba lleno de platos sucios y de tarros de crema.

Jaja suspiró cuando se puso las zapatillas.

—Quisiera saber cómo terminará todo esto.

—Aquí dormía William cuando...

—Sólo tengo esta habitación y las dos de abajo...

En una esquina había un diván de terciopelo usado.

—¿Él dormía en el diván?

—Dependía... A veces era yo quien...

—¿Y Sylvia?

—Conmigo...

La habitación era tan baja de techo que Maigret lo rozaba con el sombrero. La ventana era estrecha y cubierta con una cortina de terciopelo verde. La lámpara no tenía pantalla.

No se necesitaba mucha imaginación para evocar la vida cotidiana en esta habitación; William y Jaja que subían casi siempre borrachos, y más tarde Sylvia llegaba y se deslizaba en la cama de la gorda...

Pero ¿y los despertares? Con la luz del día...

Jaja no había estado nunca tan dicharachera. Hablaba con voz dolorida, como si quisiera que la compadeciesen.

—Me temo que voy a ponerme enferma... Sí, lo siento... Como hace tres años, cuando unos marinos se pelearon enfrente de casa... Había uno que recibió un corte con una navaja de afeitar y...

Estaba de pie. Miraba en torno suyo como buscando algo, pero sin saber muy bien qué.

—¿Ha comido usted?... Venga... Tomaremos cualquier cosa...

Maigret la precedió en la escalera. La miró mientras se dirigía a la cocina, metía más carbón y revolvía en el interior de una cacerola.

—Cuando estoy sola no me siento con fuerzas para cocinar... Y cuando pienso que Sylvia está en este momento...

—Dígame, Jaja...

—¿Qué?

—¿Qué le ha dicho Sylvia este mediodía mientras yo estaba en el bar sirviendo al cliente que entró?

—¡Ah, sí! Le pregunté qué significaban los veinte mil francos... Entonces me respondió que no sabía nada, que era un asunto de José...

—¿Y esta tarde?

—¿Cuándo esta tarde?

—Cuando usted la ha visitado en comisaría...

—Sigue diciendo lo mismo... Ella se pregunta qué ha podido hacer José...

—¿Hace mucho tiempo que va con José?

—Ella está con él; sin estarlo... No viven juntos... Lo encontré en algún sitio, probablemente en las carreras, pero no aquí... Él la convenció de que podía serle útil, proporcionarle clientes... ¡Claro, con su oficio!... Es un muchacho con educación... Lo cual no quita para que yo nunca le haya visto con buenos ojos...

En una cacerola había un resto de lentejas que Jaja echó en un plato.

—¿Quiere?... ¿No?... Sírvase de beber... Ya no tengo fuerzas para nada... ¿Está cerrada la puerta de delante?

Maigret estaba sentado a caballo en una silla, como a mediodía. La miraba comer. La escuchaba mientras hablaba.

—Usted lo sabe, esa gente, sobre todo los de los casinos, tienen combinaciones demasiado complicadas para nosotras... Y, desde siempre, es la mujer la que se hace enganchar... Si Sylvia me hubiese escuchado...

—¿Qué misión le ha encargado José esta tarde?

Ella se le quedó mirando un rato, con la boca abierta, como si no entendiese.

—¡Ah, sí!... Para el hijo...

—¿Qué ha ido a decirle?

—Que busque la manera de soltarlos, si no...

—¿Si no, qué?

—Bueno, ya sé que no va a dejarme usted tranquila... Pero debe reconocer que yo no he sido antipática con usted... No tengo nada que ocultar...

Adivinó la causa de aquella volubilidad, de aquella voz quejumbrosa.

Jaja se había detenido por el camino en algunas tascas para darse ánimos.

—Desde el principio, he sido yo quien ha retenido a Sylvia para que no se liase con un tipo como José... Después, cuando he comprendido que había algo...

—¿Y bien?

Aquello fue más cómico que trágico. Sin dejar de comer, se echó a llorar. Era un espectáculo grotesco, ver a la gorda en bata de color malva, delante de su plato de lentejas y lloriqueando como una criatura.

—No me embarulle... Déjeme pensar... Si usted cree que estoy en condiciones... Tenga. ¡Deme de beber!

—Más tarde.

—¡Deme de beber y se lo diré todo...!

Cedió y le llenó un vasito de vino.

—¿Qué es lo que quiere saber?... ¿Qué estaba diciendo yo?... Vi los veinte mil francos... ¿Los tenía William en su bolsillo?...

Maigret tenía que esforzarse para mantener toda su lucidez, porque poco a poco se estaba produciendo un hecho fundamental, tal vez debido al ambiente, pero sobre todo a causa de las palabras de Jaja.

—William...

¡De repente lo entendió! ¡Jaja creía que los veinte mil francos se los habían robado a William en el momento del asesinato!

—¿Eso es lo que creyó el principio?

—Ya no sé ni lo que pienso. ¡Vea! Ya no tengo más hambre... ¿Tiene cigarrillos?

—Sólo fumo en pipa.

—Debe haber en alguna parte... Sylvia siempre tiene...

Buscaba en vano por los cajones.

—¿Siguen llevándolos a Alsacia?

—¿A quién?... ¿Qué?... ¿De qué habla?

—A las mujeres... ¿Cómo se llama todavía?... La prisión de... Aquello empezaba por Hau... En mi tiempo...

—¿Cuando estaba usted en París?

—Sí... No se hablaba más que de eso... Parece ser que es tan rígido que todas las prisioneras tratan de suicidarse... Y no hace mucho tiempo que he

leído en el periódico que todavía quedan algunas prisioneras de ochenta años... No hay cigarrillos... Sylvia ha debido llevárselos...

—¿Es que ella tiene miedo de ir allí?

—¿Sylvia?... No lo sé... He pensado en ello mientras venía en el autobús... Había una señora mayor delante de mí...

—Siéntese...

—Sí... No hagas caso... No puedo más... Ya no estoy bien en ninguna parte... ¿Qué estábamos diciendo?

Con una expresión de angustia en los ojos, se pasó la mano por la frente, haciendo caer sobre la mejilla un mechón de cabellos rojizos.

—Estoy triste... Deme de beber...

—Cuando me haya dicho lo que sabe...

—¡Pero si yo no sé nada!... ¿Qué podría saber?... Primero he visto a Sylvia... Además, el polizone se ha quedado junto a nosotras, escuchando lo que decíamos... Yo tenía ganas de llorar... Sylvia me dijo por lo bajo mientras me abrazaba que todo era culpa de José...

—¿Después ha visto a éste?

—Sí... Ya se lo he dicho... Me mandó a Antibes para decirle a Brown que sí...

Buscaba las palabras. Se hubiera dicho que tenía repentinas lagunas, como algunos borrachos. En aquellos momentos miraba a Maigret con angustia, como si tuviera necesidad de asírsele.

—No sé más... No me torture... No soy una pobre desgraciada... Siempre he tratado de hacer feliz a todo el mundo...

—No, ¡espere!

Maigret le arrebató de las manos el vaso que acababa de coger porque estaba viendo que de un momento a otro se iba a quedar dormida, completamente borracha.

—¿Harry Brown la ha recibido?

—No... Sí... Me ha dicho que si volvía a cruzarme en su camino me haría encerrar bajo llave.

Y de repente, con aire triunfal:

—Hossegor... No... Hossegor es otra cosa... Es de una novela... Haguenau... ¡Eso es!...

Era la prisión de la que había hablado antes.

—Parece ser que ellas no tienen ni siquiera derecho a hablar... ¿Cree usted que eso es cierto?

Nunca le había dado a Maigret una impresión igual de inconsistencia. En esos momentos parecía volver a su infancia.

—Es evidente que si Sylvia es cómplice, irá a...

Entonces, más y más rápido que nunca se puso a hablar, mientras unos rosetones de fiebre le subían a las mejillas.

—Aquella tarde por lo menos, comprendí muchas cosas... Los veinte mil francos sé de dónde provienen... Ha sido Harry Brown, el hijo de William, quien los ha proporcionado para pagar...

—¿Para pagar qué...?

—¡Todo!

Ella le miraba con aire de triunfo, de desafío.

—No soy tan bruta como parezco... Cuando el hijo ha sabido que había un testamento...

—Perdón. ¿Usted sabía que existía ese testamento?

—El mes pasado, William nos habló de él... Estábamos aquí los cuatro...

—Es decir, él, usted, Sylvia y José...

—Sí... Habíamos bebido una botella porque era el cumpleaños de William... Y hablamos de un montón de cosas... Cuando estaba bebido contaba cosas de Australia, y de su mujer y su cuñado...

—¿Y qué es lo que dijo William?

—Que todos se quedarían fastidiados con su muerte. Sacó el testamento de un bolsillo y nos leyó un trozo... Pero no todo... Y no quiso leer los nombres de las otras dos mujeres... Anunció que el día menos pensado lo depositaría en casa de un notario...

—Pero ya hace un mes de eso. ¿Es que José conocía en ese momento a Harry Brown?

—Con él, nunca se sabe... Conoce a mucha gente, por su profesión...

—¿Y usted cree que avisó al hijo?

—Yo no digo eso... No digo nada... Sólo que no puedo evitar el pensar... Mire usted, esos ricos no son mejores que los otros... Entonces suponga que José fue a contarle todo... El hijo de William, como sin darle

importancia, le dice que le gustaría mucho tener ese testamento... Pero como William siempre podría escribir otro, mejor sería que muriese...

Maigret no hizo nada por impedirlo. Ella se había servido de beber. Era demasiado tarde para impedirle que se bebiera el vaso entero. Cuando ella continuó, el comisario recibió una desagradable bocanada de alcohol.

¡Y se inclinaba hacia delante! Se le acercaba. Tomaba aires misteriosos e importantes...

—... Muerto... ¿Era eso lo que dije?... Entonces, hablan de dinero... Por veinte mil francos... Y quizás otros veinte mil que serian entregados después... Nunca se sabe... Digo lo que pienso... Ya que esas cosas nunca se pagan de golpe... En cuanto a Sylvia...

—¿Ella no sabía nada?

—¡Pero cómo quiere que le diga que ellos no han querido decirme nada! ¿No han llamado a la puerta?

Estaba sobrecogida de terror. Para calmarla, Maigret tuvo que ir a mirar por la rejilla. Cuando volvió, vio que ella lo había aprovechado para beber de nuevo.

—Yo no le he dicho nada... no sé nada... ¿Comprende?... ¡Soy una pobre mujer!... Una pobre mujer que ha perdido a su marido y que...

Y otra vez estalló en sollozos, pero ahora de una forma mucho más penosa que antes.

—Según usted, Jaja, ¿qué pudo haber hecho William entre las dos y las cinco?

Le miró sin responder, y sin dejar de llorar. Sin embargo, los sollozos eran ya menos sinceros.

—Sylvia se marchó unos segundos antes... Usted no cree que hubieran podido, por ejemplo...

—¿Quiénes?

—Sylvia y William...

—¿Qué hubieran podido qué?

—Yo no sé nada... Encontrarse en alguna parte... Sylvia no es fea... Es joven... Y William...

No dejaba de observarla. Prosiguió con fingida indiferencia:

—Se encuentran en alguna parte donde José ejecuta el golpe.

No dijo nada. Por el contrario, se quedó mirando a Maigret frunciendo las cejas, como si hiciese un violento esfuerzo por comprender. Y ese esfuerzo era explicable. Tenía los ojos turbios y sus pensamientos también carecían de nitidez.

—Harry Brown, puesto al corriente de la historia del testamento ordena el golpe... Sylvia atrae a William al lugar preciso... José lo lleva a cabo... En seguida, Harry Brown recibe la orden de darle el dinero a Sylvia en un hotel de Cannes...

No se movía. Escuchaba como petrificada, idiotizada.

—José, una vez encarcelado, le envía a usted a decirle que si no lo suelta, hablará...

Ella gritó materialmente:

—Eso es... ¡Sí, eso es!

Se puso en pie. Jadeante. Y parecía indecisa entre la necesidad de llorar y de reírse.

De repente, se llevó ambas manos a la cabeza, con gesto convulsivo, se desordenó los cabellos, pataleó:

—¡Eso es!... Y yo... yo... yo que...

Maigret siguió sentado, mirándola con cierto estupor. ¿Le iba a dar un ataque de nervios y desvanecerse?

—Yo... Yo...

No pudo prever la reacción. Agarro la botella y la estrelló contra el suelo, donde se rompió con estruendo.

—Yo que...

A través de las dos puertas no podía verse en la calle más que el reflejo de una luz y al camarero de enfrente poniendo las persianas. Debía ser muy tarde. No se oían los tranvías desde hacía rato.

—No quiero, ¿entiende? —gritó con voz chillona—. ¡No! ¡Eso no!... No quiero... Eso no es cierto... Es...

—¡Jaja!

Pero el llamarla por su nombre no la calmó. Estaba en el sùmmum del frenesí y con la misma brusquedad que había roto la botella, se inclinó y recogió algo del suelo y gritó:

—Haguenau, no... ¡No es cierto!... Sylvia no ha...

En toda su carrera, Maigret no había asistido a un espectáculo más innoble. Era un trozo de cristal lo que ella tenía en la mano. Y mientras hablaba, se cortó una muñeca, justo encima de la arteria...

Tenía los ojos desorbitados. Parecía loca.

—Haguenau... yo... Sylvia no...

Un chorro de sangre afloró en el momento en que Maigret conseguía asirla de los brazos. El comisario lo recibió sobre la mano y en la corbata.

Durante unos segundos, Jaja, aturdida, desamparada, miró la sangre roja que brotaba y que le pertenecía. Después se aflojó. Maigret la sostuvo un instante, la dejó resbalar hasta el suelo y trató de cerrar la arteria.

Necesitaba una cuerda. Miró apurado en torno suyo. Vio un hilo de toma de corriente en el extremo del cual había un hierro para conectar. Lo arrancó. Mientras tanto, la sangre continuaba manando.

Volvió hasta donde se encontraba Jaja, completamente inmóvil, enrolló el hilo en su muñeca y lo ató con todas sus fuerzas.

En la calle no había más luz que un mechero de gas. El bar de enfrente estaba cerrado.

Salió con pasos indecisos, se encontró en el aire tibio de la noche y se dirigió hacia la calle más iluminada, que se encontraba a uno doscientos metros.

Desde allí se veían las rampas luminosas de Casino, los automóviles, los chóferes en grupo cerca del puerto. Y los mástiles de yate que se movían apenas.

Un gendarme estaba inmóvil en medio de un callejón.

—Un médico... al «Liberty Bar»... Rápido...

—¿No es ese barecito que...?

—Sí, el pequeño bar —gritó Maigret con impaciencia—. ¡Pero rápido, por Dios!

Capítulo diez

El diván

Los dos hombres subían la escalera con precaución, porque el cuerpo era pesado y el pasaje estrecho. Jaja, sostenida por los hombros y por los pies, plegada en dos, chocaba contra el pasamanos y el muro, e incluso rozaba los escalones.

El médico, en espera de poder subir, miraba en torno suyo con curiosidad, mientras Jaja gemía dulcemente, como un animal herido. Un gemido tan tenue y tan extrañamente modulado, que pese a ser perfectamente audible en toda la estancia, resultaba difícil señalar su origen; algo así como si fuese la voz de un ventrílocuo.

En la baja habitación del entresuelo, Maigret preparó la cama y luego les echó una mano a los gendarmes para elevar el cuerpo de Jaja, que era pesado e inerte, aunque parecía una muñeca de trapo.

¿Se daría cuenta de sus peregrinaciones? ¿Sabría dónde estaba? De vez en cuando abría los ojos, pero no miraba a nadie ni a nada.

Seguía gimiendo, con los rasgos contraídos.

—¿Sufre mucho? —le preguntó Maigret al médico.

Era un viejecillo amable y meticuloso, azorado de encontrarse en semejante decorado.

—No debe sufrir en absoluto. Supongo que es delicada. O es el miedo...

—¿Está consciente de lo que ocurre?

—Viéndola, no lo parece. Y sin embargo...

—Está borracha perdida —suspiró Maigret—. Me preguntaba si el dolor podría haberla desembriagado...

Los dos gendarmes aguardaban instrucciones, mientras miraban a su alrededor con curiosidad. Las persianas no estaban bajadas. Maigret vio tras la ventana de enfrente el pálido halo de un rostro en la habitación a oscuras. Bajó la persiana y llamó a un agente:

—Tráigame a la mujer que yo he hecho encerrar esta tarde. Una tal Sylvia. Pero no al hombre. —Y al otro—: Espéreme abajo.

El doctor había hecho todo lo que podía hacer. Después de haber colocado las pinzas hemostáticas, volvió a poner la arteria en su sitio, sujetándola con grapas. Luego se quedó mirando aturdido a esa mujer gorda que proseguía gimiendo. Por hacer algo, le tomó el pulso, le dio golpecitos en la frente y en las manos.

—Venga aquí, doctor —dijo Maigret, que estaba recostado en una esquina. Y más bajo—: Quisiera que aprovecharse su inmovilidad general para hacer una auscultación. De los órganos esenciales, por supuesto...

—Como usted diga, como usted diga.

El pequeño doctor estaba cada vez más estupefacto y se preguntaba si Maigret sería pariente de Jaja. Eligió unos aparatos en su maletín y sin apresurarse, pero sin convicción, se puso a tomarle la tensión arterial.

Disgustado, la repitió tres veces, se inclinó sobre el pecho, apartó la bata y buscó un pañuelo limpio para apoyar el oído en el seno de Jaja. No había en el cuarto. Hizo uso de su pañuelo.

—¡Evidentemente! —refunfuñó, incorporándose.

—¿Evidentemente, qué?

—No llegará a vieja. Su corazón está archiusado. Entre otras cosas, está hipertrofiado y tiene una presión arterial asombrosa...

—Es decir, que le queda...

—Ésa es otra cuestión. Si fuera una de mis clientes, la pondría en reposo absoluto en el campo, con un régimen extremadamente severo...

—Nada de alcohol, claro...

—Sobre todo, nada de alcohol. ¡Una higiene perfecta!

—¿Y se salvaría?

—Yo no he dicho eso. Pongamos que le daría un año de vida...

Se pusieron a escuchar casi al mismo tiempo, porque acababan de caer en la cuenta de que estaban rodeados de silencio. Algo faltaba en el ambiente, y ese algo era el gemido de Jaja.

Cuando volvieron la cabeza, la encontraron con la cabeza apoyada en un brazo, la mirada dura y el pecho jadeante.

Lo había oído. Lo había comprendido todo. Y parecía hacer responsable de su estado al pequeño doctor.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó éste.

Entonces, despreciativa, se dejó caer hacia atrás y, sin decir una palabra, cerró los ojos.

El doctor no sabía si tenían necesidad de él. Se puso a ordenar los instrumentos de su maletín y debía tener una gran discusión consigo mismo, porque de cuando en cuando afirmaba con la cabeza, en tono aprobatorio.

—Puede usted marcharse —le dijo Maigret cuando estuvo listo—. ¿Supongo que ya no hay nada que temer?

—Nada inmediato, en todo caso.

Cuando se marchó, Maigret se sentó en una silla al pie de la cama y llenó una pipa porque el olor a farmacia que reinaba en la habitación le descorazonaba. Por igual razón, escondió bajo el armario la palangana que había servido para lavar la herida.

Se encontraba tranquilo y pesado. Su mirada vagaba por el rostro de Jaja, que parecía más hinchado que nunca. Quizá se debía a que los cabellos echados hacia atrás descubrían una frente abombada, adornada de una pequeña cicatriz bajo la sien.

A izquierda de la cama, estaba el diván.

Jaja no dormía. Estaba seguro. El ritmo de su respiración era irregular. Las pestañas entrelazadas se estremecían a menudo.

¿En qué pensaría? Sabía que él estaba allí, mirándola. Ella sabía también que su organismo estaba destrozado y que no le quedaba mucho tiempo de vida.

¿En qué pensaría? ¿Qué imágenes estarían pasando bajo su frente abombada?

De repente, ella se dirigió frenéticamente a Maigret, con las pupilas dilatadas, gritándole:

—¡No me deje!... Tengo miedo... ¿Dónde está?... ¿Dónde está el hombrecito?... Yo no quiero...

Se aproximó a ella con gesto tranquilo y le dijo a pesar suyo.

—¡Quédate tranquila, mi vieja!

¡Eso era, una vieja! Una pobre vieja gorda empapada en alcohol y con las pantorrillas tan hinchadas que caminaba como un elefante.

Sin embargo, había hecho kilómetros y kilómetros allí junto a la Porte de Saint-Martin, sobre un mismo tramo de acera.

Se dejó poner mansamente la cabeza sobre la almohada. Ya no estaba borracha. Se oía al gendarme de abajo, que habiendo encontrado una botella se servía un vaso, completamente solo en la trastienda. De pronto, ella se quedó a la escucha y preguntó ansiosa:

—¿Quién es?

Pero le llegaban además otros ruidos. Unos pasos en la callejuela, primero lejanos y después una voz de mujer sin resuello —¡porque caminaba rápido! — que preguntaba: —... ¿Por qué no hay luz en el bar?... ¿Es que?

—Silencio... No haga ruido...

Y los suaves golpes en la persiana. El agente que iba a abrir. Más ruidos todavía en la trastienda y, al fin, los pasos de alguien que subía por la escalera.

Jaja, enloquecida, miraba a Maigret con angustia. Incluso estuvo a punto de gritar, viéndole dirigirse hacia la puerta.

—Pueden marcharse ustedes —gritó Maigret a los de abajo, al tiempo que se echaba a un lado para dejar entrar a Sylvia.

Ésta se quedó de pronto en medio de la estancia, con la mano sobre el corazón que palpitaba demasiado rápido. Había olvidado su sombrero. No entendía nada. Miraba fijamente la cama.

—Jaja...

Abajo, el que se había servido un vaso debía haberle servido también al otro, porque se oyeron unos vasos entrecrocándose. Después la puerta se abrió y se cerró. Unos pasos se alejaron en dirección al puerto.

Maigret se movía tan poco y hacía tan poco ruido, que podía olvidarse su presencia.

—Mi pobre Jaja...

Sin embargo, Sylvia no se adelantaba. Algo la retenía: la mirada helada que la vieja le lanzaba.

Entonces Sylvia se volvió hacia el comisario y balbució:

—¿Es que...?

—¿Qué?

—Nada... No sé nada... ¿Es que ha...?

Cosa extraña: a pesar de estar la puerta cerrada, a pesar de la distancia, se oía el tictac del despertador, tan rápido, tan precipitado, que se tenía la impresión de que, presa del vértigo, iba a estallar.

* * *

Una nueva crisis de Jaja se aproximaba. Se la veía renacer, animar poco a poco su cuerpo flácido, encender sus ojos y desecar su garganta. Pero ella se resistía con firmeza. Hacía esfuerzos por contenerse, mientras Sylvia, desamparada, no sabiendo qué hacer, ni dónde ir, ni qué actitud adoptar, seguía en medio del cuarto, con la cabeza baja y las manos juntas sobre el pecho.

Maigret fumaba. Ahora ya no estaba impaciente. Sabía que el círculo estaba cerrado.

No había misterio, ni imprevisto posible. Cada personaje había tomado su papel: las dos Martini, la joven y la vieja en su villa donde procedían al inventario con la ayuda del señor Petitfils; Harry Brown en el «Provençal», donde aguardaba sin miedo el resultado de la investigación, mientras dirigía sus negocios por teléfono y telégrafo...

José en la cárcel...

Al fin Jaja se incorporó, impaciente y con los nervios a punto de estallar. Miró a Sylvia con rabia. La señaló con su mano válida:

—¡Es ella!... ¡Es ese veneno!... Esa p...

Había gritado la palabra más fuerte de su vocabulario. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—La odio, ¿me entiende?... ¡La odio!... Ella... ¡Ella me la ha pegado mucho tiempo!... ¿Sabe usted cómo me llamaba?... «¡La vieja!»... Sí... ¡La vieja!... A mí, que...

—Acuéstate —dijo Maigret—. Va a sentarte mal...

—¡Oh!... Usted...

Y de repente, con renovada energía:

—¡Pero no dejaré que me lo hagan!... No iré a Haguenau... ¿Me entiende?... O entonces ella vendrá también... Yo no quiero... ¡No quiero!...

Tenía la garganta tan seca que buscaba una botella a su alrededor, instintivamente.

—Vete a buscar una botella —le dijo Maigret a Sylvia.

—Pero... ya está...

—Ve...

Fue hasta la ventana y se aseguró que no les espiaban desde enfrente. En cualquier caso, no vio nada tras los cristales.

Un trozo de callejuela con baldosas desiguales... Un resplandor... La enseña del bar de enfrente...

—Sé muy bien que la protege porque es joven... Puede que incluso le haya hecho proposiciones a usted también...

Sylvia volvió, los ojos violáceos, el cuerpo lacio, y le tendió la botella a Maigret.

Jaja se rió burlonamente:

—Como la voy a pringar, no importa, ¿verdad?... He oído muy bien al doctor...

Pero sólo aquella idea la ponía en efervescencia. Tenía miedo de morir. Sus ojos se volvían huraños.

Aún así, cogió la botella. Bebió ávidamente, mirando alternativamente a sus compañeros.

—La vieja que va a morir... Pero yo no quiero... Ella morirá antes que yo... Porque ha sido ella...

Dejó de hablar, como si hubiese perdido el hilo de sus ideas. Maigret no hizo ningún movimiento y aguardó.

—¿Ha hablado?... Estoy segura de que ha hablado, porque si no, no la hubieran soltado... Mientras que yo he tratado de hacerla salir... Porque no es cierto que José me haya enviado al hotel del hijo... He ido por mí misma, ¿me entiende?...

¡Claro! ¡Maigret lo entendía todo! Hacía una hora que no tenía nada nuevo que saber.

Señaló el diván, con gesto vago.

—No era William quien dormía ahí, ¿verdad?

—No, no dormía ahí... Él dormía aquí, en mi cama. ¡William era mi amante! William venía por mí, por mí sola. Ella, a quien yo acogí por caridad, era quien dormía en el diván... ¿Todavía lo duda?

Lo gritaba con voz ronca. Ahora ya sólo había que dejarla hablar. Le salía de lo más profundo de sí misma. Era todo su fondo puesto al día, la verdadera Jaja, una Jaja al desnudo.

—La verdad es que él me quería y yo lo amaba... Él sabía que si yo no he recibido instrucción y educación no es mi culpa... Él era feliz a mi lado... Me lo dijo... Le dolía marcharse... Y cuando llegaba era como un escolar que empieza sus vacaciones...

Lloraba sin dejar de hablar, lo que provocaba una extraña mueca en su rostro, que la luz rosa de la pantalla volvía más alucinante todavía.

—Y yo no sospechaba nada. ¡Qué estúpida! Siempre se es estúpida en estos casos. Era yo quien invitaba a la muchacha y quien la retenía, porque me parecía que la casa era más alegre con un poco de juventud...

Sylvia no decía nada.

—¡Mírela! ¡Todavía se burla! ¡Ella ha sido siempre igual, y yo, idiota de mí, lo tomaba por timidez! Incluso estaba conmovida... ¡Cuando pienso que era con mis batas con lo que le excitaba, mostrándole todo lo que tiene para enseñar!...

»Porque ella lo deseaba... Ella y su chulo... William tenía dinero, pardiez... Y ellos...

»Vea lo que ha pasado con el testamento...

Cogió la botella y bebió tan glotonamente que se escuchaban los tragos en su garganta. Sylvia aprovechó para mirar a Maigret con aire suplicante. Apenas podía mantenerse en pie. Se la veía vacilar.

—José lo robó de aquí... No sé cuando... Seguramente una noche que estábamos borrachos... William había hablado... Y el otro debió pensar que el hijo pagaría caro ese trozo de papel...

Maigret apenas escuchaba aquella historia que adivinaba por sí mismo. En cambio miraba la habitación, la cama, el diván... William y Jaja... Y Sylvia en el diván... Y ese pobre William que evidentemente debía hacer comparaciones...

—Comprendí que algo pasaba cuando vi a Sylvia salir después de comer echando una mirada a William... Todavía no lo creía... Pero inmediatamente de marcharse ella, dijo que se iba a su vez... Normalmente no lo hacía hasta la noche... No dije nada... Me vestí...

¡La escena capital, que Maigret había reconstituido desde hacía rato! José que venía a hacer una pequeña visita ya con el testamento en el bolsillo. Sylvia que se había vestido antes de lo acostumbrado y que comió en traje de calle para salir inmediatamente...

Aquellas miradas que Jaja captó... No dijo nada... Comía... Bebía... Pero nada más salir William, se echó una bata por los hombros...

Nadie quedó en el bar. La casa vacía. La puerta cerrada...

Ellos corrieron el uno hacia el otro...

—¿Sabe dónde le esperaba ella?... En el «Hotel Beauséjour»... Y yo, en la calle, iba y venía como una loca... Tenía ganas de llamar a su puerta, de suplicar a Sylvia que me lo devolviese... En la esquina, hay un vendedor de cuchillos... Y mientras ellos... mientras ellos estaban arriba, yo miraba el escaparate... Ya no comprendía nada... Todo me hacía daño... Entré... Compré un cuchillo de doble filo... Creo que estaba llorando...

»Luego ellos salieron juntos... William estaba completamente cambiado, como rejuvenecido... Incluso llevó a Sylvia a una confitería y le compró una caja de bombones...

»Se despidieron en el garaje...

»Entonces me puse a correr... Sabía que se marchaba a Antibes... Me puse en su camino, justo a las afueras de la ciudad... Oscurecía... Me vio... Detuvo el coche...

»Y le grité...

»¡Toma!... ¡Toma!... Por ti... y por ella...

Se derrumbó en la cama, el cuerpo convulso, el rostro bañado en lágrimas.

—No sé ni cómo se marchó... Debió empujarme, cerrar la portezuela...

»Me encontré sola en medio de la carretera y un autobús estuvo a punto de matarme... No tenía el cuchillo... Quizá se quedó en el coche...

Era el único detalle que Maigret no había considerado: el cuchillo que William Brown, con los ojos ya velados, había tenido la presencia de espíritu de arrojar a la espesura.

—¡Volví tarde!...

»Sí, las tabernas...

»Me desperté en la cama, enferma...

Y de nuevo incorporada:

—¡Pero no iré a Haguenau!... No iré... Traten de llevarme... El médico lo dijo: voy a morir... Y esta put...

Se oyó arrastrar una silla. Era Sylvia que se acercaba una silla y se desvanecía, atravesada.

Fue un desmayo lento, progresivo, pero no simulado. Las aletas de su nariz estaban dilatadas, orladas de amarillo. Las órbitas de sus ojos, hundidas.

—Le está bien empleado —gritó Jaja—. Déjela... O quizá no... Ya no sé nada... A lo mejor ha sido José el que lo ha organizado todo... Sylvia... Mi pequeña Sylvia...

Maigret estaba inclinado sobre la joven. Le daba golpecitos en las manos y en las mejillas.

Vio a Jaja beber de nuevo directamente de la botella, bombeando literalmente el alcohol que sorbía, lo cual la hizo toser locamente.

Después la gorda muñeca suspiró y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Sólo entonces Maigret cogió a Sylvia en sus brazos y la bajó al otro piso, donde le mojó las sienes con agua fresca.

Lo primero que dijo al abrir los ojos, fue:

—Eso no es cierto...

Sentía una desesperación profunda, absoluta.

—Quiero que sepa que todo eso no es cierto... No trato de hacerme mejor de lo que soy... Pero eso no es cierto... Yo quiero a Jaja... Era él quien quería... ¿Me comprende?... Hacía meses que me miraba con ojos desencajados... Me suplicaba... ¿Acaso podía negarme cuando todas las noches con los otros...?

—Silencio, hable más bajo...

—¿Puede oírme! Y, si reflexionase, comprendería... Ni siquiera quise decírselo a José, para que no se aprovechase... Le di una cita...

—¿Una sola?

—Una sola... ¡Y ya ve usted!... Es cierto que me compró bombones... Estaba completamente enloquecido... Tanto, que me dio miedo... Me trató como si fuera una niña...

—¿Eso es todo?

—Yo no sabía que Jaja le había... ¡No!... Se lo juro... Más bien pensaba que había sido José... Tenía miedo... Me dijo que debía volver al «Beauséjour», donde alguien me daría dinero...

Y más bajo:

—¿Qué podía hacer yo?

Se oía gemir otra vez, en el piso alto. Los mismos gemidos de hace un rato.

—¿Ella está gravemente herida?

Maigret se encogió de hombros, subió al entresuelo y vio que Jaja se había dormido y gemía durante el sueño.

Al volver, encontró a Sylvia con los nervios en tensión escuchando los ruidos de la casa.

—Está durmiendo —susurró—. Silencio.

Sylvia parecía no entender y miraba estremecida a Maigret que llenaba una nueva pipa.

—Quédese con ella... Cuando se despierte, dígame que me he ido... para siempre...

—Pero...

—Dígale que ha tenido un sueño, que han sido pesadillas, que...

—Pero... no lo entiendo... ¿Y José?

La miró a los ojos. Tenía las manos en los bolsillos. Saco los veinte mil francos que seguían allí.

—¿Está enamorada de él?

Y ella:

—Usted sabe que es necesario tener un hombre. Si no...

—¿Y William?

—No era lo mismo... Él era de otro mundo... Él...

Maigret se encaminó hacia la puerta. Se volvió una última vez, girando la llave en la cerradura.

—Arréglenselas para que no se hable más del «Liberty Bar»... ¿Comprendido?

La puerta estaba abierta al aire frío del exterior. Y el suelo exhalaba una humedad parecida a niebla.

—Yo no le creía así... —balbució Sylvia que no sabía qué decir—. Yo... Jaja... Le juro que es la mejor mujer de la tierra...

Se volvió, se encogió de hombros y se encaminó hacia el puerto, deteniéndose más allá del último resplandor para encender la pipa.

Capítulo once

Una historia de amor

Maigret descruzó las piernas, miró a su interlocutor a los ojos y le tendió una hoja de papel timbrado.

—¿Puedo? —preguntó Harry Brown lanzando una mirada ansiosa hacia la puerta donde estaba su secretaria y su mecanógrafa.

—Es suyo.

—Tenga en cuenta que estoy dispuesto a darles una indemnización... Cien mil francos a cada una, por ejemplo... ¿Me entiende?... No es una cuestión de dinero... es una cuestión de escándalo... Si esas cuatro mujeres vinieran «allá abajo»...

—Comprendo.

Por la ventana se veía la playa de Jean-les-Pins, unas cien personas en la arena, tres muchachas que hacían gimnasia con un alto y flaco profesor y un argelino que iba de grupo en grupo con una cesta de cacahuetes.

—¿Usted cree que cien mil francos?...

—Muy bien —dijo Maigret levantándose.

—No ha bebido su vaso.

—Gracias.

Y Harry Brown, correcto y lustroso, dudó un momento:

—Vea usted, señor comisario, al principio le tomé por un enemigo... En Francia...

—Sí...

Maigret se dirigió hacia la puerta. El otro le siguió y añadió con menos seguridad:

—... el escándalo tiene menos importancia que...

—Buenas tardes, señor.

Maigret se inclinó, sin tenderle la mano, y salió del apartamento donde se acumulaban los negocios de lana.

—En Francia... En Francia... —refunfuñaba por lo bajo mientras descendía por las escaleras alfombradas.

Y bien, ¿en Francia, qué? ¿Cómo se llamaba su lío con la viuda o divorciada de Cap Ferrat?

¡Una historia de amor!

¿Entonces, la historia de William con Jaja y con Sylvia...?

* * *

Maigret, a lo largo de la playa, se vio obligado a rodear los cuerpos semidesnudos. Evolucionaba por entre las pieles bronceadas, que resaltaban los bañadores de colores.

Boutigues le esperaba junto a la cabina del profesor de gimnasia.

—¿Y bien?

—Terminado... William Brown ha sido asesinado por un malhechor desconocido que quiso robarle la cartera...

—Sin embargo...

—¿Qué?... ¡Nada de historias!... Entonces...

—Sin embargo...

—¡Nada de historias! —repitió Maigret mirando el agua azul totalmente tranquila, sobre la que canoas de motor evolucionaban—. ¿Es que hay sitio aquí para las historias?

—¿Ve usted esa muchacha con el traje de baño verde?

—Tiene los muslos delgados.

—Pues bien —dijo Boutigues triunfal—. Usted no adivinaría jamás quién es... La hija de Morrow.

—¿Morrow?

—El rey del diamante... Una de las diez o doce fortunas que...

Hacía calor. Maigret, en traje oscuro, era una mancha entre los cuerpos desnudos. De la terraza del casino llegaban notas de música.

—¿Quiere tomar algo?

Boutigues iba de gris claro, con un clavel rojo en la solapa.

—Ya le dije que aquí...

—Sí... aquí...

—¿Le gusta la región?

Y con gesto lírico abarcó la bahía azul pálido, el Cap d'Antibes y sus villas claras repartidas por la espesura, el Casino amarillo como un buñuelo de crema, las palmeras del paseo...

—El gordo aquél que lleva un traje de baño amarillo es el director de un importante diario alemán...

Entonces Maigret, cuyos ojos eran de un color glauco, después de una noche sin dormir, gruñó:

—¿Y después de todo eso, qué?

* * *

—¿Te alegra que haya hecho albóndigas?

—No puedes imaginarte cuánto.

Bulevar Richard-Lenoir. El apartamento de Maigret. La ventana se abría sobre los castaños apenas sin hojas.

—¿Qué fue toda esa historia?

—Una historia de amor. Pero como me dijeron que nada de historias...

Con los codos sobre la mesa, comía sus albóndigas con apetito. Hablaba con la boca llena.

—Un australiano que tuvo suficiente de Australia y de corderos...

—No entiendo.

—Un australiano que tuvo ganas de armar la gorda y la armó...

—¿Y qué más?

—¿Qué más?... Nada... La armó y su mujer, sus hijos y su cuñado le cortaron los suministros...

—No es interesante.

—En absoluto. Ya te lo decía... Continuó viviendo en la Costa...

—Creo que es muy bonita...

—Magnífica... Alquiló una villa... Después como estaba solo trajo una mujer...

—Empiezo a comprender.

—Nada de eso... Pásame la salsa... Faltan cebollas...

—Son las cebollas de París, que no saben a nada... He puesto una libra...

Continúa...

—La mujer se instaló en la villa y trajo a su madre...

—¿A su madre?

—Sí... Aquello no tenía ningún atractivo y el australiano fue a buscar diversión por ahí...

—¿Y se echó una querida?

—Perdón. Ya tenía una. Y su madre. Encontró una tasca y una vieja que bebía con él...

—¿Qué bebía?

—Sí... Cuando bebían, veían el mundo de otra manera... Ellos eran el centro... Se contaban historias...

—¿Y después?

—La vieja creyó que había llegado.

—¿Qué es lo que había llegado?

—¡El que alguien le amase!... Creía haber encontrado el alma gemela...

Y todo...

—¿Todo, qué?

—Nada... Aquello era una pareja. Una pareja de igual edad... Una pareja que se emborrachaba con mesura...

—¿Y qué pasó?

—Había una muchacha protegida... Una tal Sylvia... El viejo se enamoró de Sylvia...

La señora Maigret miró a su marido con reproche.

—¿Qué es lo que me estás contando?

—¡La verdad! Él se enamoró de Sylvia, pero Sylvia no quería a causa de la vieja... Después tuvo que ceder, porque en cualquier caso el australiano era el personaje principal...

—Ya no entiendo nada...

—No importa... El australiano y la pequeña se encontraron en el hotel...

—¿Engañaron a la vieja?

—Exactamente. ¿Ves cómo lo entiendes? Entonces la vieja comprendió que no contaba para nada y mató a su amante... Estas albóndigas son una maravilla...

—Todavía no entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Por qué no has detenido a la vieja. Porque en definitivas cuentas, ella...

—Nada de eso.

—¿Cómo que nada de eso?

—Pásame el plato... Me dijeron: sobre todo, ¡nada de historias!... O dicho de otra manera, nada de dramas. Porque la mujer, el hijo y el cuñado del australiano son gente importante... Gente capaz de comprar un testamento muy caro...

—¿Qué dices ahora de un testamento?

—Eso sería demasiado complicado... En definitiva, una historia de amor... Una vieja que mata a su amante porque la engaña con una joven.

—¿Y qué ha sido de ellas?

—La vieja tiene para tres o cuatro meses de vida... Depende de lo que beba...

—¿De lo que beba?

—Sí..., porque también es una historia de alcohol...

—¡Qué complicado!

—Mucho más de lo que crees. La vieja, que ha matado, morirá dentro de tres o cuatro meses, o cinco, o seis, con las piernas hinchadas y los pies en una banqueta.

—¿En una banqueta?

—Mira en el diccionario médico, cómo muere un hidrópico...

—¿Y la joven?

—Ella es aún más desgraciada... Porque quiere a la vieja como a una madre... Además, porque está enamorada de su chulo...

—¿Su qué...? Tienes una forma de expresarte...

—¡Y el chulo perderá los veinte mil francos en las carreras! —prosiguió Maigret imperturbable, sin dejar de comer.

—¿Qué veinte mil francos?

—Es igual.

—Pero me pierdo.

—Yo también... O mejor, yo entiendo demasiado... Se me dijo: «nada de historias»... eso es todo... Ya no se hablará más... Una pobre historia de amor, que termina mal.

Y de repente:

—¿No hay verdura?

—Quise hacer coliflor, pero...

Maigret parafraseó para sí mismo:

—Jaja quiso hacer el amor, pero...

FIN

Notas

[1] Planta de la que se obtiene una cocción que sirve para la terapéutica de la dispepsia. <<

Última revisión por UMDN: 9 de mayo de 2022

